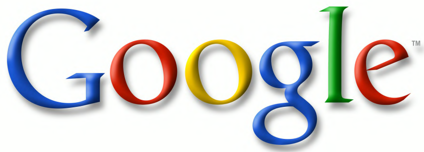
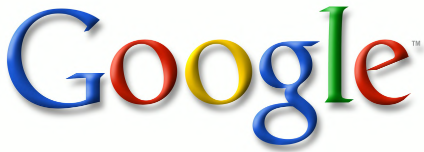




cover

JUAN MONTALVO



JOYA LITERARIA



QUITO

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1897

INÉDITOS

Y

ARTICULOS ESCOJIDOS

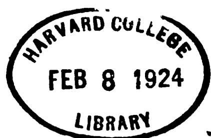
DE

JUAN MONTALVO



QUITO.—1897.

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"


HARVARD COLLEGE
FEB 8 1924
LIBRARY

DEDICATORIA.

Al Señor General D. Eloy Alfaro.
Presidente Constitucional del
Ecuador.

Presente.

Nadie mejor que vos sabrá conservar con veneración una obra de JUAN MONTALVO. *En esta certidumbre, la* **Joya Literaria** *os la dedico, deseando solo para la felicidad de nuestra Patria Ecuatoriana, que en todo*

tiempo seais el brazo que tremole la bandera roja que con tanto valor la ostentó el Maestro de toda la generación de libres que han sido los héroes de la actual transformación política, guiados por vuestra espada victoriosa.

Miguel Aristizábal.

Quito, Abril 28 de 1897.



CON PERDON......!



Todo lo que es joven y elevado, y tiene corazón y se entusiasma, debe estar con don Juan, dijo García-Ramón, en su admirable crítica literaria á los *Siete Trata-*

dos, que en lugar de crítica fué mas bien una corona de gloria colocada sobre la cabeza del Maestro. •

Valga, pues, nuestro entusiasmo, para atrevernos á decir cuatro palabras en la introducción de esta JOYA LITERARIA, en cuya edición no hemos esquivado sacrificio alguno para hacerla, en algo, merecedora de contener una producción inédita de quien supo gravar su nombre en el libro de la inmortalidad; de aquel que en vida bañó su alma en las aguas del Estigio y la acrisoló en el sufrimiento para que resistiera á los embates de las olas que continuamente se levantan en el proceloso mar de la vida.

La alta personalidad de DON JUAN MONTALVO se destaca ma-

gestuosa en el campo político y literario del Ecuador; en el primero, significa la brújula para los hombres libres del presente y el porvenir; y en el segundo, el faro luminoso que alumbra refulgente el campo predestinado á que sólo lo habiten los genios.

Hay hombres que personifican á la Patria en todo lo que dice relación con su felicidad ó su desgracia. DON JUAN ha condensado con su pluma las lágrimas de un pueblo infortunado á causa de los tiranos y déspotas que ha tenido como mandatarios, quienes han proscrito el talento, la ilustración y el carácter para poder gozar sin contradicción de las *fruiciones* que brindan los esclavos á los pies de los que mandan.

Ya el mundo político y literario ríndele el culto merecido al autor de *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, las *Catilinarias*, los *Siete Tratados*, la *Mercurial Eclesiástica*, *El Espectador*, y los 60 *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, ¿y por qué no agregar á esta extensa lista una obra más que lo coloque de hecho entre los críticos más pulcros y remirados de la época? Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, secretario perpétuo de la Academia Española cometió un acto de incivilidad con el Cosmopolita, y he aquí el origen de la crítica que le hace á su discurso; he aquí el origen para que la pluma ardiente de MONTALVO hubiera dejado entre sus manuscritos uno que sin ninguna recomendación,

y como trazado sólo por mero pasatiempo y sin intenciones de publicarlo, sirviese para que después de muerto su ilustre autor nos diera más honra á sus compatriotas, quienes vemos en JUAN MONTALVO á la gloria más pura que el Ecuador conserva lleno de justo orgullo.

Las cartas á Don Julio Calcaño que preceden á la crítica, son dechados de buen decir y agudeza de ingenio. Ojalá que paladares delicados las encuentren de igual modo, porque efectivamente hay en nosotros tal veneración por JUAN MONTALVO, tal entusiasmo, que raya en fanatismo; de consiguiente, el prisma por el cual vemos todas sus producciones no debe ser igual á los de los demás; ¿y aquel por el

que ve el gran Núñez de Arce? Ese genio español al ocuparse de este otro genio americano, lo coloca entre los hombres inmortales cuyas glorias son el patrimonio de la humanidad pensadora.

El *Padre La-Chaise* y *El Sur de Colombia*, también entran en este volumen. Son artículos que hace algunos años publicó DON JUAN y que casi no se encuentran. Son leyendas encantadoras en las cuales sólo habla el corazón con ese su misterioso lenguaje que se oye y que se siente, y después de cuyas lecturas el alma conmovida hace que las lágrimas en raudal espontáneo den fé de su admiración hácia lo grande, lo bello y lo bueno.

Hemos querido cerrar este li-

bro con un canto *En la muerte de Montalvo, Al Chimborazo.* Su autor, ABELARDO MONCAYO, comparece en la justa literaria como uno de los discípulos aprovechadísimos de MONTALVO, como uno de sus grandes admiradores, ejercitando su talento, su ilustración y su elevado númen poético en honor del más grande de los ecuatorianos. MONCAYO ocupa en el Ecuador el puesto de uno de los hombres notables de la época.

Está llamado para grandes destinos: como poeta, de los primeros; como literato, de los mejores; como periodista, veterano y valiente; como político, sagaz y convencido; actor en un drama político, jamás ha hecho alarde de él. Una Cartera en el Gobier-

no de su Patria reclámale á MONCAYO, y nosotros, sus amigos y admiradores, nos congratularíamos por tan fausto acontecimiento.

Ojalá que nosotros los más desautorizados, desconocidos é insignificantes de los ecuatorianos, no seamos los únicos que nos afanemos por sacar á lucir en libros la figura inmortal de MONTALVO: la gratitud, la admiración y el entusiasmo, son las flores perfumadas que nosotros colocamos ahora sobre la tumba de ese coloso del pensamiento.

Quito, Abril 28 *de* 1897.

MIGUEL ARISTIZÁBAL.

Sara G. de González



INEDITOS

DE

JUAN MONTALVO.

Señor Don Julio Calcaño.

Caracas.

París, Octubre 9 de 1887.

Amigo y señor de mi consideración:

Ha llegado á mis manos su carta del 7 de Setiembre, á la que ha venido adjunto el juicio que usted ha he-

cho del tomo segundo del Espectador. Yo no sé lo que abunda más en ese artículo, si la benevolencia de usted, ó la hermosura y perfección del estilo. Con Jueces como usted ya puedo dar como ganada mi causa, sin que me importen un comino las protestas de los hombres malos que no pueden sufrir, según la expresión de usted, que haya en el mundo cosa que valga fuera de ellos. "Cada tomo del Espectador, me ha dicho un sujeto de grande respetabilidad, es un golpe mortal para ciertos individuos que están en pecado con usted y se desatan en raudales de torpes murmuraciones". *Me tiran de la levita*, como me decía en París Carlos Posada, el dramaturgo colombiano que ha muerto últimamente. "Montalvo está levantándose demasiado.......'' Lo que me sucede es derramar lágrimas de vergüenza al verme en los umbrales de la vejez sin haber hecho cosa que importe. Hay en nuestra raza defectos infames, de

los que ojalá usted y yo estuviéramos libres. No sé si es Montaigne quien observa que las pasiones ruines suelen ser más descaradas y sedientas en los poetas secundarios que en los demás hombres. Hago este recuerdo, porque entre esos apóstoles del odio lo anda predicando por estos mundos un poeta–Jabalí que no ha podido perdonarme la tal cual reputación que me han labrado personas tan bondadosas y generosas como usted.

Lejos de desagradarme lo que usted dice de *mi heterodojia*, admiro su moderación en una materia que enfurece y hace desbarrar á los sectarios sistemáticos. Pero usted por fuerza tenía que juzgar como filósofo y por fuerza había de dejar á los demás el libre uso del pensamiento, cualesquiera que fueran sus convicciones propias, en puntos metafísicos que están muy distantes de ser verdades demostradas é incontrovertibles. Ya que Don Manuel Tamayo y Baus viene

adjunto á este negocio en la carta de usted, le diré que la respuesta que le ha dado ese buen señor adolece de equivocación. En ningún tiempo ha dejado la Academia de enviar diplomas de miembros correspondientes á todas las repúblicas de América, y los siguen prodigando sin averiguación ni empacho. Castelar ha afirmado últimamente que cuando tentó el vado halló en los *viejos devotos* de la calle de Valverde tal tempestad contra el autor de los *Siete Tratados*, que juzgando como ortodojos y no como literatos, le negaban los sacramentos. No es verdad, como han propagado mis malquerientes, que yo haya sufrido un rechazo, pues nunca he sido propuesto. Mi academia es la opinión de los hombres como usted; y ya usted ve que el que escribió la "Réplica á un sofista" y la "Mercurial eclesiástica", sabía muy bien que, lejos de acercarse á la Española, se separaba un mundo de ella. La *manga ancha*

de la mencionada corporación, según el modo de expresarse de Don Manuel Tamayo, es ésa por donde no pasan libros en los que críticos como César Cantú han visto "grandes intenciones, rectitud moral, elevación constante". Y don Manuel Tamayo, al par que uno de los más sensatos, es uno de los más moderados y bondadosos; bondadosos, lo prueba lo que á usted mismo le ha escrito de mí. Pero el vaso no existe, en la escuela, que lo que es en casa, existe y muy existe. "Señor, como tú sostienes el principio de que las cosas no existen, pensé que ese vaso no existía, y lo rompí.—Canalla! el vaso no existía para la escuela; pero aquí existía". Según este modo de discurrir de muchos académicos, yo existo fuera de la Academia, y aun soy lo que ellos dicen; pero en la Academia, no existo, porque así lo quiere la secta. Los hombres más cuerdos y razonables, personalmente, suelen ser egoistas é

intratables en corporación y muchos tienen un voto en el seno de ella, y otro muy diferente fuera de ella. Verdad á este lado de los Pirineos, error al otro lado. Páscal había ya dirigido su vista escrutadora á las entrañas de estas cosas. ¿Con qué cara murmurarán de Pirrón los católicos intransigentes? En la doctrina del príncipe de Bismark *la force prime la droit*, así el espíritu ó prurito de secta va sobre todo en la Academia española y aun en la francesa. Cuando miro á hombre tan ilustrado como el Obispo Dupanloup protestar con furia y retirarse porque había sido admitido el sabio Littré, veo claramente que los que no consentimos dar por un plato de lentejas el pensamiento y la conciencia, derechos de primogenitura con que descollamos sobre todos los seres de la tierra, nada tenemos que esperar, de los discípulos del Conde de Maistre y Luis Veuillot. Víctor Hugo, ése que teniendo en menos el

ser Apolo, se proclamó Júpiter, halló en su naturaleza olímpica harta humildad y constancia para insistir perpetuamente en la súplica. Rechazado tres veces, pospuesto á escritores de menor cuantía, volvió á la carga por cuarta vez, y al fin fué electo de limosna. Se vengó con no asistir á las sesiones sino allá por muerte de un judío, en sede vacante, cuando iba á dar su voto por Sully Prudhomme ó por Teodoro de Bambille, él, que no faltaba jamás del Luxemburgo, honrando al Senado con sus esclarecidos ochenta años. Víctor Hugo fué uno de los más ilustres reprobados de la Academia Francesa. Confieso que, sin ser soberbio, yo no solicitara ni una vez, menos cuatro; y tanto menos cuanto que estoy cierto de que don Marcelino Menéndez y Pelayo, que me ha honrado con sus cartas como á escritor; don Aureliano Fernández Guerra, que "por donde quiera que abra *ese maldito libro* halla un

pasaje elocuentísimo"; don Manuel Tamayo y Baus, que se admira de que yo no esté en la Academia; y otros muchos respetables varones me echarían bola negra, si Castelar, Núñez de Arce ú otro de los miembros *de buenas ideas*, como decimos los liberales, viniese á proponerme. Esos *de buenas ideas* son *de malas ideas* para los de la escuela contraria, y como éstos son en la Academia Española más numerosos que los Padres del Concilio de Trento, caemos en incapacidad literaria los que no militamos debajo del pendón del Vaticano. *Autoridad eclesiástica no es razón*, y con todo, el Obispo de Orleans es alto ejemplo que han de seguir en todo caso los ultramontanos. ¡Y cuán lejos ando yo del materialismo de Littré, admirador y continuador de Darwin! Si de algo peco es de espiritualismo; y tanto peco, según parece, que una ilustre católica, apostólica, pagana me ha llamado sin más, "espiritualista ra-

bioso". La Real Academia Española es para los darwinistas como don Aureliano; y así, señor don Julio, ni se enfade usted, ni se aflija de que yo no pertenezca á esa "*docta* corporación"; ni haga reclamaciones á España, porque es bien sabido que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

Hubiera yo dejado para otro correo un punto sobre el cual usted me interroga; pero ya que tiene usted en la mano esta epístola mayúscula, aguante todo, y quede libre de una vez de la contestación. Es singular que ustedes hayan resultado parientes de doña Emilia Pardo Bazan: don Eduardo no sabía, sin duda, que andaba torcido con una prima suya. Las mujeres tienen fuero, y ésa, doble fuero; qué digo doble! triple; como mujer, como escritora de campanillas y como basca. No es pues de admirar que mi amigo don Eduardo le haya dejado cortesmente el campo; de otro modo, más de un gallego hubiera sa-

lido á gallear gritando: contra fuero! contra fuero! Si ustedes pertenecen á la casa de Miraflores, de seguro son parientes de la Señora Condesa, pues le he oído que esa casa es el solar de su familia. Mas no pienso que yo sea también pariente de ustedes, como usted lo deseara, para honra mía, digo yo; porque lo que hay de sangre española en mis venas me viene de Andalucía y no de Galicia. Andaluz fué mi abuelo paterno don José Montalvo, y de Andalucía pasó este nombre á Cuba, donde se formó la opulenta familia que hoy lo lleva ennoblecido, yo no sé si por sus altos fechos, ó por los millones del viejo Conde de Montalvo que murió ahora ha algunos años en París. Lo cierto es que el marquesado y el condado son hoy en día tan baratos, que tan solamente por prurito democrático no es conde ni marqués cualquier indiete que asoma por aquí con cuatro reales.

Quien resultó pariente mío en Ma-

drid fué don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, miembro de número de la Real Academia Española y Senador del Reino. Pero ésto no fué, sin duda, sino á modo de satisfacción de la manera extravagante, malévola y ofensiva con que me trató en su casa, cuando el Ministro de Venezuela en España me invitó á ir á ella, y aun me acompañó personalmente. El pobre viejo, arrepentido de su brutalidad fué al otro día al *Hotel París* á visitarme, y me dijo que él, por parte de madre, era Montalvo, oriundo de Granada, y que, por tanto, debía de ser pariente mío. Los Montalvos de Granada han desaparecido: familia rica y numerosa, fué exterminada por la revolución, como carlista y clerical furibunda. ¡Ahí verá usted si los carlistas de Granada me han pasado con su sangre el realismo ni el carlismo de sus venas! Por donde veo que no debo ser pariente de ellos, porque, digo, ¿dónde se esconde en mí el

clericalismo de mi primo don Aureliano? Los Montalvos que pudieron escapar de la segur revolucionaria, sé asilaron en los campos y se oscurecieron para salvar la vida. Hoy son simples labradores ó labriegos; y como son hombres de bien y de trabajo, don Aureliano Fernández Guerra y Orbe y Montalvo no los niega; ni yo tampoco.

Este apellido no es de ahora en América: Baralt y Díaz, en la parte antigua de su Historia de Venezuela, hablan con gran elogio de don Francisco Montalvo uno de los mejores vireyes que conoció el Nuevo Mundo. De quien yo quisiera descender en línea recta de varón, sería de Luis Gálvez de Montalvo autor de *El pastor de Fílida.* En las buenas letras del buen tiempo se halla con frecuencia este nombre en España: pero vamos á buscar las gotas dispersas de esa sangre literaria al travez de la conquista y las aventuras gigantescas de

los siglos décimo quinto y décimo sexto! No es malo tener entronques ilustres en la antigüedad; aunque lo mejor sería, si pudiéramos, crear uno y fundar casa solariega con nuestros méritos y grandes hechos. Ustedes llenan todos los números; pues si á justo título blasonan de ascendencia principal y distinguida, no necesitaban de éso para gozar del respeto y la consideración que debemos á la inteligencia y la buena fama.

Dispense usted la extensión de esta carta, aunque es verdad que en ella más es el papel que la razón, y aceptando mis agradecimientos, téngame siempre por su mejor y más sincero amigo.

Juan MONTALVO.



VISITA TEMPESTUOSA.

De buena gana hubiera yo incluído este asunto en la carta que antecede; pero es de delicadeza no hacer tomar parte á las personas, ni de modo indirecto, en lo que ellas no autorizan ni aprueban quizá. Y así don Aureliano Fernández Guerra y Orbe podrá echar sobre mí todo el peso de

su indignación; pero no le ha de corresponder á mi amigo don Julio Calcaño ni una chispa de su enojo por mi causa, pues radico la mía en la ciudad de San Juan de París, á cuyos tribunales puede arrastrarme el más ínclito de los académicos españoles, si es delito volver uno por sus propios fueros, y dar de paso una lección á los que, á los setenta años de vida, no saben aún á qué atenerse en hecho de hospitalidad y buena crianza. Don Eduardo Calcaño, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España vino un día á mi casa en Madrid, me dió el puesto de honor en su coche, y me llevó á la Academia Española, como había sido convenido de antemano entre nosotros. Don Aureliano, á fuer de bibliotecario de la dicha Academia, tiene posada en élla, lo mismo que don Manuel Tamayo y Baus, á título de Secretario. Sin ser misántropo, yo no suelo buscar amigos nuevos ni re-

laciones elevadas; pero cuando se ofrece una visita decorosa, estoy pronto, porque sé que lo político no quita lo valiente, y que siempre nos hacen un favor los que nos provocan á un acto de cortesía. Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe no necesita prevalecer por la grandeza y majestad de la persona para ser académico, senador, bibliotecario y otras cosas, bien así como el chiquitín Adolfo Thiers fué primer Ministro de un gran reino, escritor, orador insigne y Presidente de la República Francesa. Yo, como alto de cuerpo, debo propender á achicar á los chiquitos, pero no es así; porque si entre estos niños de cincuenta años están los más grandes hombres que ha producido el género humano, Julio César, con su estatura superior; Virgilio Maron, alto y desmirriado; Dante Alighieri, andando hácia el infierno como sombra de gigante, me consuelan de la distancia á que me dejan Horacio Flaco, gordo y

redondo; Napoleón Bonaparte, Monsieur Thiers y don Aureliano, hominicacos que se pierden de vista. Si á hombres grandes va, no se me han de escapar Francisco primero, rey de Francia, cuya armadura de Encélado se ve en el Museo del Louvre, ni el Emperador Carlos quinto, que va á extender sus miembros de Anteo en el Convento de Juste. Pero hoy no se trata de los grandes sino de los pequeños, y don Aureliano es uno de los más exiguos personajes que nunca hayan visto mis ojos: tan diminuto es, que hay en él tela para un grande hombre: si tira á la guerra, desde muchacho, á él le hubieran estado contemplando cuarenta siglos desde lo alto de las pirámides de Egipto. Perdió Francia un emperador, pero ganó la Academia Española un bibliotecario.

—Qué es de José Antonio? preguntó al Ministro de Venezuela, para abrir la conversación.

Hace tiempo no me escribe.

—Qué, don Aureliano, mi pobre hermano está perdido: no pregunte.

—Enfermo? desahuciado? No me lo diga!

—Una cosa peor. Perdido, perdido.

—Se ha pasado á los rojos?

—Peor todavía.

—Ha dado en beber?

—Peor, peor.

—Pero en fin, me dirá usted lo que hay? Me muero de angustia.

—Metido en la iglesia de día y de noche, don Aureliano.

—Y á eso llama usted perdido? Santa Bárbara doncella, líbrame de esta centella. En vez de comérselo á ese protestante, volvió contra mí toda su cólera, y los ojos encendidos y gesto horrible dijo: "Y usted con su clerofobia hasta cuando nos perseguirá". Y luego tomando un libro de su estante, agregó: Por donde se abre este maldito libro se halla un pasaje elo-

cuentísimo; pero qué demonio! pero qué demonio! la clerofobia está por donde quiera derramando su veneno.

—Contemple usted, don Aureliano, respondió don Eduardo, volviendo por mí, que eso no es absoluto; y vea más bien el respeto que el autor manifiesta por los sacerdotes de virtud y saber; cómo reprueba y condena las violencias de la Comuna contra el clero inocente.

—En dónde?

—En el fusilamiento del arzobispo de París, bervigracia.

—Sí, pero............

—Pero qué?

—Pero débilmente.

Débilmente....Como si entre condenar un crimen y aprobarlo hubiere término medio. El que reprueba con indignación y franqueza reprueba con fuerza; ni es la soez injuria la que da vigor á las opiniones. Ciertos criminales, como ciertos viles, están por debajo de la injuria. De esos, hace-

mos mensión, referimos el hecho, y pasamos adelante.

—Cuando oí *Siete Tratados*, siguió diciendo don Aureliano, *Siete Tratados*, *Siete Tratados* por donde quiera, pensé que se trataba en ellos de asuntos de significación, de algo que valiese la pena; y salimos con los *Siete Tratados*. De qué trata usted en ellos?

Hay casos en que una desvergüenza es de ley: yo no sé como no le contesté: De la.... La buena educación, por una parte; la prudencia de mi amigo Calcaño por otra, me salvaron de una respuesta tras la cual no había sino echar mano por las sillas, hacer un San Quintín en la Academia, é ir á la cárcel por pronta providencia.

—Pero don Aureliano, dijo, don Eduardo, en este libro, desde el principio hasta el fin, todos son asuntos morales y filosóficos; ¿cómo da usted á entender que no se trata en ellos de cosa que importe?

—Filosóficos....Qué es filosofía? Morales....qué es moral? Lo que hay es clerofobia, y nada más que clerofobia. No puedo negar, desde luego, que ocurren materias relacionadas con las ideas y las cosas que ocupan á nuestro siglo; pero de los cabellos viene allí el clero, sin ocasión ni necesidad.

—Vamos, don Aureliano, menos exajeración. Si vienen clérigos y curas como el de Santa Engracia, déjeles que vengan; que esos, lejos de deshonrar á su clase, le han de servir de ejemplo de caridad y virtud.

—Sí, pero..........

—Pero qué?

—Pero mejor hubiera sido que no se metiera.

Aquí entró un eclesiástico, bien vestido, majestuoso, y no se quitó la teja sino en medio cuarto. Por la papada, la mejilla abundante, el vientre superlativo y aquel paso de bienestar y señorío, ése era canónigo, sin duda.

ninguna. Este santo varón puso fin á la carga de don Aureliano, y cuando estuvimos afuera, el señor Calcaño, poco satisfecho de la visita, me dijo:—Y mire usted, este don Aureliano tiene fama de hombre muy bueno. Olvidaba mi gran amigo la sentencia de Boileau que en breve espacio describe la bondad de los devotos de profesión. *Tant de fil entre l'il clans l'ane d'un devot?* Qué hiel! qué hiel! Pero los que profesamos los principios amplios y generosos que ellos rechazan, no les perseguimos ni les insultamos, ni tratamos de imponerles nuestras ideas á sangre y fuego. El mundo intelectual, filosófico es uno; el mundo exterior que se compone de urbanidad y política es otro. No podemos confundirlos y amalgamarlos sin provocar una lamentable subversión en la sociedad humana. Aborrecer una obra *in odium autorem* y aborrecer á un autor *in odium operæ*, es malevolencia que no se compagina con la tolerancia

filosófica, la moderación de las almas elevadas, ni la humanidad y misericordia de los hombres virtuosos. Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe reflexionó esa noche y vino á convencerse de la verdad de estos principios, porque después de los toros que me dió en su casa, fué á la mía, como queda dicho; y aunque le faltó energía para darme una satisfacción verbal y franca, me la dió tácita y sin alusiones. Pero como ha vuelto á la carga, lo que estaba perdonado con la visita y el parentezco, vuelve á ponerse en tela de juicio. Digo ésto, porque el señor Montalvo por parte de madre no se me ha de escapar del examen que pienso hacer de su discurso de recepción, ese *Jefc de obra* de la lengua castellana, como dicen los que las cortan en el aire en ésto del hablar pulido. Cuando de la satisfacción de un legítimo agravio resulta un provecho general, el que se venga es digno de alabanza, puesto que no salga de los

términos de la literatura en asuntos literarios; y Dios me es testigo, si yo me propongo coger á don Aureliano sino por sus pecados con que ha violado la pureza de la lengua castellana y ha empañado la tersura de nuestros clásicos del siglo de oro. Que lo que es la incontinencia de sus palabras y sus maneras en su casa, perdonado quedó una vez para siempre. Cuando no me aproveché de su visita para vengarme! Este hombre, ha de haber estado diciendo para sí cuando salió de mi casa, debe de ser muy moderado y generoso, cuando á mi brutalidad de ayer ha correspondido con tanta suavidad y comedimiento. Las canas, señor Guerra, son condecoraciones sagradas, ó reliquias de santos vivos que infunden respeto, cuando el que se cubre con ellas vive dentro de los términos del deber y el honor; y la intolerancia y el mal genio importan poco, si debajo de la grosería están palpitando las virtudes.



MODELO DE ELOCUENCIA ACADEMICA.



La Academia de Tirteafuera, en su sesión del 24 brumoso de 1886, resolvió examinar, analizar y escarmenar el más notable de los discursos de la Real Academia de Madrid, con el objeto de presentar al mundo, bajo sus auspicios, un dechado de literatura, y adoptarlo como padrón oficial de todas

sus grandes composiciones. El Excmo. señor don Aureliano Fernández Guerra y Orbe fué favorecido con la mayoría de votos, y su estupendo discurso de recepción, designado para ésa como justa literaria que había resuelto la dicha Academia de Tirteafuera. El doctor Pedro Recio abrió la discusión con un informe ó juicio acerca del discurso del insigne Guerra, y dijo:

La grandeza de los pensamientos está siempre en armonía con la grandeza del asunto. Cuando Platón habla del Dios desconocido, *Deus absconditus*, toma él mismo las proporciones de un sér tan elevado, que parece superior á la especie humana. Cuando Temístocles enciende el patriotismo de los griegos y les muestra con la mano las fronteras por donde los persas están ya profanando el suelo de la Grecia, sus ideas son tan sublimes como ardientes sus palabras. La inteligencia de primer orden no halla cabida sino en los objetos gran-

des, y espaciándose en ellos, se levanta, se dilata, asombra al cielo y maravilla á la tierra.

El Excmo. señor don Aureliano Fernández Guerra y Orbe no ha querido ser menos, y ha escojido para su discurso de recepción el tema que cuadraba más con sus facultades intelectuales y sus conocimientos de alto vuelo. Existió ó no existió Francisco de la Torre? Quién fué Francisco de la Torre, cuándo nació, en dónde y para qué? Materia tan rica, señores, que habrá de ser del todo in capaz el hombre que no triunfe en el ánimo de sus oyentes instruyéndolos y deleitándolos. ¿Existió ó no existió Francisco de la Torre? Quién fué Francisco de la Torre, cuándo nació, en dónde y para qué? El literato que planta esta cuestión se halla, sin duda, atormentado por el espíritu divino, y grita: *Deus est in mé.*

—No está muy claro, dijo el señor Domingo Barataria, gran admirador

de Guerra y Orbe, si el doctor Pedro Recio habla de buena fé, ó nos está dando cantaleta. Mas sea de ésto lo que fuere, el que ha probado que la Cava no existió, puede muy bien probar que existió Francisco de la Torre. Existir ó no existir, ésta es la cuestión. *To be or not to be.*

Probar la existencia de unos, negar la existencia de otros, éste es, volvió á decir el doctor Recio, el prurito de don Aureliano. ¿Qué favor nos ha hecho con quitarnos la Cava? ¿No está viendo que sin la Cava el Rey Rodrigo viene á ser un petate, y que los moros no tienen razón de ser, como dicen los galiparlistas? La Cava es la fuente de la poesía castellana: sin Cava no hay romance, sin Cava no hay poema, sin Cava no hay Cid, por que sin Cava no hay moros en España. Negar la existencia de la Cava es cometer traición literaria. Primero le perdono al Conde don Julián que al impío don Aureliano.

La muy ilustre Academia de Tirteafuera votó por la existencia de la Cava, y pasó á examinar las pruebas que don Aureliano aduce para hacer ver que Francisco de la Torre existió verdaderamente.

"Hay indicios, dice Guerra y Orbe, "para suponerlo de Tordelaguna, ri-"bera de Jarama, donde vino á la luz "del día el Cardenal Jiménez de Cis-"neros, y donde yace el poeta Juan "de Mena. De allí pudieron él y sus "mayores tomar apellido, como del "pueblo de su naturaleza lo tomaron "el Ennio español Antonio de Lebri-"ja, el autor de *la Propaladia*, tantas "familias y no menos afamados es-"critores".

Demos de barato que hubiera existido Francisco de la Torre, dijo Pedro Recio; y que hubiese nacido en una ribera del Jarama. En este caso, según la teoría de don Aureliano, debió haberse llamado Francisco de Jarama.

Séame permitido, señores académicos, dijo á su vez don Antonio Reposado, hacer una observación, á mi ver muy oportuna. Si Francisco de la Torre vino á llamarse Francisco de la Jarama por haber nacido en una ribera de este río, ¿por qué el cardenal Jiménez de Cisneros, que había nacido en ese mismo lugar, no fué también Jiménez de la Jarama? Y el poeta Juan de Mena, que yace en la dicha ribera, por qué á su vez no se llamó Juan de la Jarama?

El Excmo. señor don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, que había estado incógnito en la barra, tuvo cólera, sacó la cabeza, tomó la palabra sin derecho ninguno, y como no pudo salir de la angostura, se salió de la cuestión y respondió: El Cardenal Jiménez de Cisneros fué un muy gran sacerdote, hombre de estado insigne, católico además; y así sufriré se hable de él con desacato, como que se me ponga la mano en la horcajadura.

El Cardenal no podía ser Jiménez de la Jarama, porque el que se llama Jiménez de Cisneros no ha menester llamarse de otro modo. En cuanto á Juan de Mena, no hay tampoco por qué se le llame Juan de la Jarama; porque con su nombre, bien conocido en el mundo de las letras, está contento.

Don Aureliano se ha cortado el pescuezo! gritó Recio. Acaba de probar que Francisco de la Torre no existió jamás, pues habiendo nacido en una ribera del Jarama, no se llamó Francisco de la Jarama, como el Ennio español, Antonio de Lebrija, *tantas familias y no menos escritores.*

Qué lenguaje! qué lenguaje! dijo á su vez el bachiller Sansón Carrasco. "Tantas familias y no menos escritores......"

Don Aureliano había caído envuelto en sus propios sofismas; y como no pudo desenredarse, llamó de malandrines y follones á los académicos de

Tirteafuera, y se fué de ese camino, sin que nadie tratase de oponerse á su partida. El marqués de las Tres Faldas, á quien familiarmente llaman Trifaldín los académicos, pidió entonces que se entrase de lleno en el examen del discurso Guerra y Orbe, y propuso este pasaje de la entrada:

"Acobárdame reconocer en esta so-"lemne hora la escasez de propios me-"recimientos y el exceso de vuestra benignidad. Y me llena de tristeza "el alma venir á ocupar un puesto "vacío por la muerte, para el cual me "disteis vuestros sufragios, imaginan-"do en mí las prendas que atesoró "mi padre, de quien fuisteis alguno "maestro, y no pocos apreciadores de "su dominio de la lengua castellana".

No se sabe, dijo don Amelio del Toboso, de quién es la escasez de merecimientos que aflije á don Aureliano. Si son los suyos propios, razón tiene hasta para echar lágrimas; pues le da tan enrevesado, tan deslucido, tan ma-

jadero principio á su discurso, que los académicos de Madrid se ponen ya á admirarle, cabalmente porque no le comprenden. "Mis merecimientos", decimos en castellano; "mis merecimientos propios", *propios merecimientos*, sin el pronombre posesivo nada significa.

Esta solemne hora es, sin duda, miembro correspondiente de la academia de *la caldera*? Ya principia á fregar don Aureliano, y ha de fregar hasta el día del juicio. *Solemne hora......* Ni siquiera ha buscado la eufonía, pobre hombre! Hora solemne, decimos todos. El orden natural es el más conforme con la armonía en este caso; y vea como se expresan los escritores realmente cultos, en circunstancias análogas á las suyas: "¿Cómo guardaré silencio en esta *hora solemne* de mi vida, en que la Academia Venezolana me dispensa inmerecida honra admitiéndome en su seno, donde he de ocupar el puesto dis-

tinguido que dejó cubierto de luto la muerte de un gran humanista?" El ilustrísimo señor Obispo de Guayana, ingénua y mansamente, está dando una lección del arte de escribir al académico de Madrid. "El puesto que dejó cubierto de luto la muerte de un gran humanista", dice él. Don Aureliano Fernández Guerra piensa que será mejor con esta vaciedad: "Vacío por la muerte", sin decir de quien. Si no hay difunto al canto, ha de decir *vaciado* por la muerte; y cualquiera ve la diferencia que hay entre *vaciado* y *vacío*.

"Imaginando en mí las prendas que "atesoró mi padre, de quien fuisteis "alguno maestro, y no pocos aprecia- "dores de su dominio de la lengua "castellana".

Vea aquí don Aureliano como debió haber presentado esta idea, si quiso que se le comprendiese: "Suponiendo en mí las prendas que adornaron á mi padre, cuyos conocimientos de la len-

gua castellana fueron apreciados por varios de vosotros, cuyo maestro se halla entre vosotros".

Lo que sigue no es más fácil de comprender, y llega sin más ni más don Aureliano á don Patricio de la Escorsura, "fino amante de nuestra inmortal española Talía". Habla de la Talía española, ó la musa de la Comedia. Para significar ésto, *española* ha de ir pospuesto á *Talía* porque no es epíteto sino predicado. Si decimos *española Talía* damos á entender que la naturaleza de Talía es ser española pero, si hubo Talía española en tiempo de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y otros hijos beneméritos del siglo de oro de la literatura castellana, no negará don Aureliano que la patria de Moliére tiene también su Talía? Para no decir disparates, resuélvase á hablar como hablan todos, y déjese de levantarse sobre los demás con vuelos ridículos como éste: "Inmortal española Talía".

Las musas simbolizan la pureza; todas son vírgenes; no han pecado ni con Endimion, menos con don Patricio de la Escorsura. Si don Patricio dió á entender algo de ésto en la Academia, mintió por la mitad de la barba. Talía, pobre Talía..... Querida de don Patricio! Cómo? en dónde? Puede su calumniador aducir una prueba? "*Fino amante* de la española Talía", dice don Aureliano. El Parnaso es el templo de la honestidad; no nos lo convierta Guerra y Orbe en casa de mancebía.

Dicen que el General Miranda, sud-americano, alcanzó ciertos favores imperiales en la corte de Rusia pero, á fuer de hidalgo y militar pundonoroso, siempre negó su buena fortuna, y sus amigos respetaron su secreto. Talía, menos feliz que Catalina, ha sido sacrificada á la vanidad del *amante* y la deslealtad del confidente.

El marqués de las Tres Faldas otorgó de cabeza, y en seguida propuso

este lugar á la consideración de la Academia, dando la palabra á don Mariano Montesinos.

Humíllense las cumbres del Parnaso
Al divino Francisco de la Torre,
Celebrado del mismo Garcilazo
A cuyo lado dignamente corre;

"Según con mas gala que exactitud "histórica", *allá* cantó el Fénix de los ingenios.

Allá, en dónde? Cuando por medio de una traslación convertimos este adverbio de lugar en adverbio de tiempo, no lo convertimos sin una frase complementaria: *Allá* por los años de 1789; "*Allá* hácia el reinado de Carlos Quinto". Don Aureliano confundió el *allá* con el *ya*. Este adverbio es el que significa *en otro tiempo, en tiempos anteriores.* "Según *ya* lo usaron los latinos", se dice. Pruebe Fernández Guerra á poner *allá*, y al punto se le pregunta: En dónde? "Allá cuando nuestra desgraciada y

vieja Constitución andaba en decadencia", dice Jovellanos citado por Salvá. El *allá* sin el *cuando* no indicaría sino lugar. O quiso realmente don Aurelieno indicar el sitio donde cantó esa estrofilla el Fénix de los ingenios? Lo malo es que no lo indicó. Pero ya se entiende que habrá sido en una ribera del Jarama, aunque Lope de Vega no fue Lope Jarama, ni Lope de la Jarama.

Rióse el bachiller Sansón Carrasco, y dijo que, así como Lope de Vega se llamó Burguillos para la *Gatomaquía*, así pudo haberse llamado Jaramillo para la estrofa del Jarama. El marqués de las Tres Faldas, hombre muy serio dijo: Basta de chanzas! y sometió al juicio de don Belermo Siempreviva este pasaje de don Aureliano.

"Extremo de pasión y ternura, des-
"de su primera niñez vióse cautivo de
"las redes de amor, poniendo los ojos
"y toda el alma en un soberano impo-
"sible de sin par nobleza y gallardía".

Lo que alcanzo á adivinar en este delicado trozo, dijo Siempreviva, es que ese extremo de pasión y ternura es Francisco de la Torre; pero no me ayudan tanto mis facultades intelectuales que pueda saber cual es el soberano imposible.

Debe de ser el Zar de Rusia, dijo don Antonio Reposado.

No, Señores, contestó don Aurelio del Toboso; el Zar de Rusia no solamente es posible, sino tambien real y verdadero. Los nihilistas mismos no han llegado á volverlo imposible.

Ya caigo, Señores académicos, dijo á su vez el bachiller Sansón Carrasco; el soberano imposible de don Aureliano es don Carlos.

Bravo! bravísimo! exclamó toda la Academia. Este bachiller es el que sabe poner los puntos sobre las ies. El soberano imposible de don Aureliano es don Carlos.

Todos sabemos respondió lentamente el marqués de las Tres Faldas, que

el Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe es carlista; mas por dónde vienen los señores académicos á descubrir la intención secreta que atribuyen á sus palabras? No podemos entender que un soberano imposible de sin par nobleza y gallardía es lo que llamamos una hermosa?

Eso de llamar soberano á una chica de ojos negros, replicó el Bachiller, entrará difícilmente en las costumbres amatorias. Pues yo temo, ó soy un porro, que si voy á llamar soberano imposible á la Señora de mis pensamientos, imposibilito mis triunfos y socabo yo mismo la base de mis esperanzas. Yo la llamaré siempre amor, ángel humano, seráfica criatura, pero no *soberano*, porque por este camino, si llegamos á la República, habré de llamarla presidente, cosa que no la lisonjeará mucho, señores académicos. Mi angélica Señora dice Cervantes. Si en todo caso quiere don Aureliano investir á la suya de poder absoluto,

la tratará de reina. Si va á llamarla rey, ella pensará que su Medoro le está dando matraca, y ordenará como le corten el pescuezo.

Resolvió la mayoría que á una niña enamorada no la podamos llamar *soberano imposible* ni posible, por *extremos* que seamos de *pasión* y *ternura*, y se puso á la consideración de la Academia si este modo de expresar una idea era correcto:

"Pero las amenas campiñas que rie-
"gan el Po y el Tesino, *y* en cuyas
"fortalezas se detuvo la guarnición lar-
"go tiempo, ni le hacían *olvidar de* su
"amada ausente, ni menos *de* los caros
"rios de su patria".

Don Alonso Durandarte, uno de los miembros principales de la Academia de Tirteafuera, había guardado silencio hasta entonces; pero esa *y* le sacó de sus casillas, y ese *de* le hizo subir la sangre á la cabeza. Qué demonios! dijo; á qué trae don Aureliano esa conjunción que aquí no es conjunción?

Nada está ligando en este pasaje, luego es impertinente y la ponemos en la calle: ¿Acaso el haberse detenido la guarnición en las dichas fortalezas, y el regar el Po y el Tesino esas fértiles campiñas tienen alguna correspondencia entre sí? Pueden muy bien esos rios correr hasta el fin del mundo por esos prados, sin que la guarnición de don Aureliano se detenga en esas fortalezas. En prueba de ello, suprímase la conjunción, y la frase, lejos de perder algo, queda comprensible, dejando como simple incidente la noticia de la guarnición. "Pero las amenas campiñas que riegan el Po y el Tesino, en cuyas fortalezas &ª" La y griega es la cuña de don Aureliano: sin esta conjunción no se ajusta, no es académico, no es gente. Y, y, y donde ella no cabe, donde oscurece el discurso. Ahora qué decís, señores académicos, de esas campiñas que no le hacían á Francisco de la Torre *olvidar de* su amada, ni menos *de* los

rios de su patria? Los ingratos olvidan *á* sus amadas, los constantes se acuerdan siempre *de* ellas. Si hay fortalezas y campiñas que tienen el poder mágico de arrancar del corazón del hombre una pasión, diremos que le hacen olvidar *á* su amada; si no consiguen otra cosa que alejarla por un instante de su memoria, no le hacen sino *olvidarse de* ella. La doctrina que resulta de esta amonestación es la siguiente: El verbo *olvidar* no rige la preposición *de* sino en su forma reflexiva. "Olvidarse de la lección", dice don Vicente Salvá; "olvidarse de acudir". Olvidar sin apósito, rige *á*: olvidar *á* su amada, como Francisco de la Torre no pudo olvidar á la suya, según afirma don Aureliano, y como lo prueba con gran copia de razones desde el principio hasta el fin de su discurso. O no rige preposición ninguna, como en *olvidar el* cumplimiento de sus deberes, *olvidar lo* principal de un negocio. *Olvidar*

en el sentido de renunciar á un afecto, dejar de amar á una mujer, no tendrá *de* ni cuando don Aureliano sea brujo, porque no puede decir que las fortalezas del Po hicieron á La Torre renunciar *de* su amada, dejar *de* su amada: ¿Y qué les importa al mundo de las letras ni á la Academia Española esa constancia del problemático La Torre? ¡Vaya un asunto de estudio académico! Lo que importa es que la dicha Academia enseñe á uno de sus más sabios miembros el uso de las preposiciones, lejos de aplaudirle con pies y manos cuando le oye decir que las fortalezas del Po no podían hacer á La Torre *olvidar de* su amada, ni menos *de* los caros rios de su patria. ¡Ingrato! primero eran los rios que su pobre Filis. Luego no era tan *extremo de pasión y ternura*, como piensa Guerra y Orbe. En donde quiera que me halle, yo no *me* olvido de los rios de mi patria, don Aureliano se contenta con no *olvidar de* los su-

yos. Yo le condenaría á *carcere duro duro* en las fortalezas del Po, con grillos, cadena y mordaza, hasta cuando aprendiese á escribir su lengua, y hasta cuando olvidase *á* su amada, que ésto de *olvidar de su amada* y *de* los caros rios de su patria, es olvido criminal de la sana razón y las reglas del arte.

Conste en el acta, señor secretario, dijo el presidente Trifaldín, que el Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, miembro de número de la Real Academia Española, no conoce el recto uso de las preposiciones. Y vamos á este pasaje, acerca del cual discurrirá un tanto el señor de Montesinos.

"Mas quién reprime el ímpetu de la "antigua pasión encendida en la sole- "dad y silencio? *Nada* hay que pue- "da extinguirla; y nuevo Petrarca, "Francisco de La Torre, con igual en- "tusiasmo que libre, adora en ajenos "brazos á su ingrato dueño, y viva y

"muerta la celebra prodigio de gracias "y hermosura".

Montesinos que era sin duda el de la Cueva, con voz cabernosa dijo: No entiendo, señor presidente.

Yo si entiendo, respondió el bachiller Sansón Carrasco. Don Aureliano quiere decir que mientras el enamorado La Torre estaba de guarnición en las fortalezas del Po, y mientras el Po y el Tesino regaban esas fértiles campiñas, le soplaron la dama en Toledo.

Triste cosa, triste cosa, dijo Montesinos. Por felicidad se necesitan los alcances intelectuales del Bachiller para comprenderla. Lo que á mí se me ocurre es que *quien* corresponde con *nadie*, y no con *nada;* porque un pronombre personal no puede corresponder con un adverbio. Cuando el señor Fernandez Guerra y Orbe pregunta: "Mas quién reprime el ímpetu de la antigua pasión?" si quiere dar una contestación discreta, ha de decir:

"Nadie puede reprimirla". El ha dicho, como buen académico: "*Nada* hay que pueda extinguirla". Sepa además que *nada* se contrapone á *algo;* y así, cuando quiere que *nada* extinga el amor del infeliz La Torre, pregunte de este modo: Mas hay *algo* que pueda extinguir la antigüa pasión? *Quien* con *nada* es ayuntamiento deslayado.

Conste en el acta, señor secretario, dijo el presidente, que el Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe no siempre distingue de una manera conveniente las relaciones que las partes de la oración tienen entre sí. En cuanto al honorable Montesinos, le dejamos la palabra, para que nos diga algo respecto de esa mención de Petrarca. Qué hay con Petrarca? "Y nuevo Petrarca, Francisco de La "Torre, con igual entusiasmo que li-"bre, adora en ajenos brazos á su in-"grato dueño, y viva y muerta la ce-"lebra prodigio de gracias y hermo-"sura".

Esto está por debajo de la crítica, dijo el bachiller Sansón Carrasco. Nada hay que decir.

¿Qué es estar por debajo de la crítica? preguntó Montesinos.

Vuesa merced no puede entender ésto, si no sabe la lengua inglesa, respondió Carrasco. Estar por debajo de la crítica un escrito, es ser tan malo y ruin, que no sea posible analizarlo sin envilecer la inteligencia.

Conste en el acta, volvió á decir el presidente Trifaldín, que este pasaje de don Aureliano está por debajo de la crítica. Y vamos á otra cosa.

"Todo al poeta recuerda entonces "su pasado bien y su dolor presente: "una tórtola solitaria, dos enamorados "pajarillos, un árbol de su pompa des-"nudo, una fresca y lozana yedra abra-"zada á seco y añoso tronco, son para "él otros tantos emblemas de su es-"tado".

Puede el señor Alonso Durandarte hacernos un comento á esta brillante

salida de don Aureliano? preguntó Trifaldín.

Una tórtola solitaria, respondió Durandarte, puede ser emblema de un enamorado mal correspondido. Los dos pajarillos felices no pueden ser emblemas de su estado.

Conste en el acta, dijo el presidente, que los dos pajarillos de don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe no pueden ser emblema de un enamorado solitario que ve en brazos ajenos á la pajarilla por quien se está muriendo. Tampoco es emblema de este enamorado sin ventura "la fresca y lozana yedra abrazada á seco y añoso tronco"; pues, justamente el *soberano* de Francisco de la Torre está abrazado con su marido, cuando el dicho Francisco vuelve de la guarnición. ¿Cómo viene, pues, la fresca y lozana yedra á ser emblema del estado del seco y añoso La Torre?

Sandeces de don Aureliano! gritó desde su asiento el doctor Pedro Re-

cio. Y qué dice esta honorable Academia de ese *árbol de su pompa desnudo?*

En una de fregar cayó caldera! respondió Sansón Carrasco. Don Aureliano es el más gran fregador que han producido todas las Españas.

Conste en el acta, dijo el presidente Trifaldín que el Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe es el mas insigne fregador que han producido todas las Españas. Y cuando ésto haya constado, tenemos á bien consultar á esta ilustre sociedad, si así como se dice fregona podemos decir fregón en buen castellano?

En el bueno, quizá no sería posible, respondió don Antonio Reposado; en castellano ramplón, afectado, rebuscado, amanerado y errado, como el de Guerra y Orbe, no estoy en un tris de creerlo.

Si esto es así, observó el bachiller Sansón, puesto que don Aureliano vive fregando la caldera, ó más bien ca-

yéndose en ella, se le podrá llamar fregón ó calderón.

Esto no puede constar en el acta, dijo el presidente; y así, vamos siguiendo á Francisco de la Torre en su interminable peregrinación amorosa.

"Huye en vano la corte", dice don Aureliano, "y se destierra de la presencia de su dama". ¿Qué habrá que observar aquí según el sentir del doctor Pedro Recio?

Me parece, respondió el doctor, que un enamorado que quiere olvidar á su ingrata, huye *de* ella y *de* la corte donde ha sufrido sus rigores. Si la corte es la que huye, tanto el galán como la dama irán allí, bien como nosotros, todos nosotros, vamos en el globo terráqueo, cuando éste va volando por la eclíptica. ¿Qué adelanta Francisco de la Torre con que la corte huya, si él va allí cara á cara con la Filis que le atormenta?

Reducida esta materia á lenguaje técnico, dijo el señor de Tordesillas,

tenemos que el verbo *huir* se usa de varios modos, y que don Aureliano se ha servido cabalmente del que no se usa: "El cocodrilo es animal fiero que huye si le acometéis, y os acomete si le huís", dice fray Luis de Granada. Si el ánimo del cronista de la Torre fué hacernos saber que éste se propuso curarse de la ausencia, y que se engañó debió habérnoslo manifestado. En verso, y sin peligro de anfibología, pudo fray Luis de León haber dicho:

> Cuan descansada vida
> La del que huye el mundanal ruído.

Si en triste prosa nos ponemos á imitar á los poetas del siglo décimo sexto, ya diremos que las balas *huyen los* valientes, y los cobardes *huyen los* enemigos. Aun pasándole á don Aureliano ese régimen, la anfibología no le podemos pasar, porque sabemos que los que escriben como se debe, de nada *huyen* más que de los escritores anfibológicos y confusos. No hay una

frase en la obra del dicho don Aureliano que no ofrezca una anfibología; así es que para comprenderle, es preciso leer tres ó cuatro veces un período; lo cual no vale la pena, porque lo que se saca en limpio es casi siempre una idea baladí.

Conste en el acta, dijo el marqués de las Tres Faldas, que el Excmo. señor don Aureliano Guerra y Orbe es un desaforado anfibologista; y que su erudición en cosas de ningún valor está enredada en una maleza que la rompa el diablo.

"Con qué ternura", prosigue el famoso académico, "suele advertir de los peligros á Tirsi, y con él comunica sus glorias y sus pesares." ¿Qué piensa de este lugar el señor don Antonio Reposado?

Pienso, contestó don Antonio Reposado, que los dos verbos que tienen que ver con el *suele* han de ir uno y otro en infinitivo, según la lógica gramatical; de este modo: Con qué ter-

nura suele *advertir* de los peligros á Tirsi y *comunicar* con él sus glorias y pesares? Don Aureliano Fernandez Guerra, el más sabio de los académicos, ha dicho: "Con qué ternura *suele comunicar* sus glorias y sus pesares". Para que el verbo *comunicar* vaya en presente, debió haber principiado así: "Con qué ternura *advierte* de los peligros á Tirsi y comunica con él sus glorias y sus pesares?" Infinitivo con infinitivo, presente con presente. Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe no las corta en el aire en ésto del hablar pulido. Pueden no hablar pulido los académicos; porque en suma, ¿qué obligación les corre de saber la lengua castellana á benditos como varios de ellos? Pero ese modo de hablar de don Aureliano es buenamente el de un hombre que no tiene nociones fijas de su lengua.

Hum .... hum .... dijo el presidente Trifaldín; no siempre hemos de ser tan rigurosos. Pido que este pa-

saje no conste en el acta. ¿Qué dirán de nosotros la Academia Correspondiente de América, por bárbaros que sean los que la componen, si ven puestos de manifiesto errores así tan crasos del más ilustre de los académicos españoles? Con ésto volvamos á los interminables amoríos de La Torre. No olvidéis, señores académicos de Tirteafuera, que Francisco de La Torre y Francisco de Figueroa son amigos de uña y carne; tan amigos, que su historiador se contenta con una querida para entrambos, pues refiere que: "Los dos, al volver de las italianas regiones, encuentran mujer de otro á la que ciegamente idolatraban; *éste* llora á Filis *cubierta* de crueles heridas; *aquel*, *viendola* partir para Italia.

¡Qué cúmulo de errores y necedades en cuatro líneas! dijo el bachiller levantando la voz. El correspondiente gramatical de *éste* es *ese*, y no *aquel;* mucho más cuando el pobre Figueroa, que entra de súbito en la danza, está

al lado de su amigo La Torre. *Este*, *ese*, *aquel;* ésta es la gradación. Don Aureliano, hombre de bragadura escepcional, se montó entre *este* y *aquel*, como si el *ese* no existiera. Y ese gerundio, señores, qué escándalo! qué escándalo! "Este llora á Filis *cubierta* de crueles heridas; aquel *viéndola partir* para Italia". Desenmarañado este pasaje académico, sacamos en limpio que La Torre llora las heridas de Filis, y Figueroa llora la ausencia ó el viaje de la dama. Como uno y otro de estos bobalicones se están muriendo por ella, ¿por qué uno y otro no la lloran *cubierta* de crueles heridas? por qué uno y otro no la lloran *viéndola partir* para Italia? Como buenos amigos han hecho una equitativa repartición de trabajo y de lágrimas, y se han convenido fraternalmente en llorar, Francisco de La Torre las crueles heridas, Francisco de Figueroa el cruel viaje. Pero este Figueroa, que no debió de ser tan *divino*, como dice don

Aureliano, puesto que hizo pierna á su conmilitón y aparcero La Torre con enamorarse de la amada de su corazón y andar tras ella; este Figueroa, digo, pudo haberla llorado *ausente, ida, partida,* bien como su socio la llora *cubierta* de heridas, ó *herida.* Participio activo con participio activo, y no participio con gerundio. "Maravillosa es por cierto la armonía de las formas verbales", dice uno de los filólogos más sabios que han escrito la lengua castellana; "armonía sujeta á un sistema regular y constante: y no lo es menos la complicación y sutileza de las relaciones que nos guían, como por una especie de instinto en el uso que de ella hacemos". (*)

Académicos hay, como don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, que carecen de ese instinto; y no conocen, ni por estudio, ni por malicia intelectual, la maravillosa armonía de las for-

(*) Bello.

mas verbales. Si Figueroa lo supiera, allá donde está devorando sus lágrimas traidoras, no le sería bien contado al dicho Guerra y Orbe; por si fué mal amigo y peor enamorado, fué buen poeta, escritor correcto y gran conocedor de la lengua castellana.

Sentóse el Bachiller y Pedro Recio dijo: Sepamos, señores académicos de Tirteafuera, quién le dió de puñaladas á la bella Filis? Cuándo se las dieron y por qué? El cronista no lo dice. No conocemos á esa Filis; no entreparece en el discurso, y derepente se presenta en el escenario cubierta de crueles heridas. Ahora vamos á otra cosa. Francisco de la Torre la llora *cubierta* de crueles heridas; Francisco de Figueroa *viéndola partir* para Italia; todo á un mismo tiempo: ¡qué entrañas las de don Aureliano! No ve que la Señora puede morir en el camino? Deje que se le cierren las heridas, y despáchela, si es necesario, para Italia.

¿Hasta cuándo nos estará rallando el señor Fernandez Guerra con estos amores de tres? preguntó Montesinos con su voz de cueva. La gente ha de pensar, al ver el interés que toma en esas aventuras, que él ha terciado en ellas de una manera indebida.

Pero no dirá, respondió Carrasco, que tiene los polvos de la madre Celestina, puesto que tanto Francisco de La Torre como Francisco de Figueroa se quedan á la luna de Santiago de Compostela.

Bien se conoce, volvió á decir el doctor Pedro Recio, que Guerra y Orbe no ha leido el *Ars Amandi* de la madre Labrusca; y he aquí por qué su discurso de recepción, fundado en los amores de Francisco de La Torre, Francisco de Figueroa y la Filis herida, no llena todos los números de la elocuencia.

Conste en el acta, dijo el presidente Trifaldín, que los amores de estos tres individuos no eran asunto propio pa-

ra una recepción académica; y menos en boca de un cristiano viejo, devoto de siete suelas, inquisidor de inclinación y profesión: quemador de herejes y brujos, como don Aureliano.

La sesión había durado ya una buena hora; y como algunos de los miembros de la Academia eran un tanto maduros y achacosos, don Antonio Reposado pidió que se suspendiese por quince minutos, para estirar los miembros, dijo. Y para echar un trago, añadió el bachiller Sansón, y se levantaron todos, cuando el presidente decía: Receso! receso!



CONTINUACION DE LA SESION.

Estirados los miembros de don Antonio, y aun los de Montesinos y Durandarte, quienes no perdían tampoco por carta de menos en el asunto de la edad, volvieron los académicos á la sala; y el marqués de Trifaldín, habiendo adelantado por su parte media hora de tos, declaró abierta de nue-

vo la sesión, y expuso este pasaje de don Aureliano:

"Sus versos y su memoria (los de "Figueroa) talvez hubieran perecido á "no venir afortunadamente á manos "del señor de Pozuelo, *que* en Lisboa "los dió á la estampa, el año de 1626, "tres antes que intentase hacer lo pro-"pio Quevedo con los de Francisco de "La Torre, que les son tan parecidos "en asunto, índole, forma, y hasta en "lo de pasar al dominio del público".

Qué dice de este lugar el señor don Alonso Durandarte? preguntó Trifaldín.

Digo, señor presidente, respondió Durandarte, que este lugar, como el otro, está por debajo de la crítica. No se presta á ella sino ese relativo desvergonzado que está mangoneando de pronombre demostrativo, sin título ninguno para tan distinguida posición. "El cronista Luis Tribaldos, *que* en Lisboa los dió á la estampa", es el cronista Luis Tribaldos, *quien* los dió

á la estampa en Lisboa. De otro modo, el *que* hace relación á *los versos* y á *la memoria* de Figueroa, y el cronista Tribaldos queda privado del honor de darlos á la imprenta, contra la intención del académico Fernández Guerra.

Conste en el acta, dijo el presidente Trifaldín, que don Aureliano Fernández Guerra no sabe distinguir el pronombre personal del simple relativo; y que usa de *que* cuando debe usar de *quien*. El cronista Luis Tribaldos ha sufrido lesión enorme: puede presentarse á los tribunales de la lengua castellana en la forma que más arreglada fuere á derecho.

Qué tribunales, señor presidente? preguntó don Antonio Reposado: la Academia Española se tiene por tribunal supremo: como don Aureliano da la ley en ella, bien así en asuntos de religión como de lenguaje, Tribaldos saldrá por la tangente.

Item más, las costas, dijo el Bachi-

ller. Esto significa que el cronista Luis Tribaldos va á pedir al lobo la carne; pues don Aureliano se dejará emplumar primero que ceder un ápice de sus convicciones. Él piensa que el relativo *que* y el pronombre personal ó demostrativo *quien* son una misma cosa, y á cada paso los anda promiscuando.

No lo piensa, respondió Pedro Recio; lo que sucede es que no lo sabe. No todo lo ha de saber la Academia Española; y es natural que mientras ella se regodea en las cosas de don Aureliano, otros limpian la lengua castellana, la pulen y le dan esplendor. El conde del Verde Saúco pedía fiado, gastaba el dinero, comía, bebía con él; justo era que otro la pagara; pues cómo querían que todo lo hiciera él!

Rióse el Bachiller, y el marqués de las Tres Faldas dijo: Ya tratará de corregirse don Aureliano: suplico á la Academia pasemos por alto este gazafatón. Para un académico de tantas

campanillas como él es cosa realmente vergonzosa. Luego daremos en su discurso con lugares que nos resarzan del tedio que nos está causando con sus embolismos. Verbigracia este bello trozo en el cual, hablando siempre de los gemelos La Torre y Figueroa, dice: "Mílites de la escuela de Garci- "laso, imitando, copiando y *compitien-* "*do el* buen gusto de la antigüedad "griega y romana......."

Parece increible, dijo don Amelio del Toboso que el más versado y más afamado de los académicos españoles caiga en faltas que no serían cometidas por el último villano de Castilla la Nueva, y menos de la Vieja! El verbo *competir* requiere preposición, ésta es la *con*, y así decimos: "Competir con los mejores poetas". O la *en:* "Competir en riquezas". O la *por:* "Competir por levantarse al primer puesto". ¿Pero cuándo ocurriría en una academia verdaderamente sabia y justiciera este delito miserable: *Compitiendo el*

buen gusto de la antigüedad griega y romana? Cuáles son las lecturas, cuáles los estudios de ese hombre de larga vida? *Imitar y copiar* no requieren preposición en este caso; el rabiato á éstos es el verbo *competir* que no puede ir sin ella, y cayó, no en la caldera, sino en los albañales de la lengua castellana. No merece la mano de un transeunte de conciencia; pero le haremos ver que no somos tan malos cristianos como dice, y le enseñaremos lo que debe saber. Ese pedazo de jerga se vuelve al español de este modo: Discípulos de Garcilaso, imitando, y aun copiando á los autores griegos y romanos, llegaron á empaparse en su buen gusto, en tanto grado que, podemos decir, compitieron con ellos.

No *competimos el buen gusto,* como quiere Guerra y Orbe; podemos competir con los escritores de buen gusto. *Mílites* son los militares, y éstos no salen de la escuela poética de Garci-

laso, Rioja ni Herrera. Cuando estamos discurriendo acerca de dos poetas, hemos de decir *discípulos* ó *alumnos*, y no mílites ni militares. *Mílite*, por otra parte, es voz anticuada que suena mal, y no ha quedado sino en el compuesto *conmiliton*, que es bello término. Si porque tanto Garcilaso como La Torre y Figueroa militaron en las guerras de su tiempo quiere don Aureliano tratarlos de soldados, no diga que han salido de la escuela de Garcilaso, porque no está hablando de ellos como de dos militares, sino como de dos poetas. Puedo yo decir que don Aureliano es *mílite en* la escuela de Torquemada? No; lo que puedo decir es que es hermano, congregante, notario, comisario y familiar del Santo Oficio.

"La antigüedad griega y romana" es una sola, una misma. No es probable que Guerra y Orbe ignore que la literatura griega es una, la romana otra; pero no lo supo expresar. Mire

cómo ha de corregir este pasaje de su discurso: "Las antigüedades griega y romana"; ó "La antigüedad griega y la romana".

Don Aureliano es una mina riquísima de solecismos y dislates, dijo el Bachiller; en tres líneas, ¡qué abundancia de puntos viciosos! En una piedra ¡qué variedad de metales falsos!

"Dos noticias más creo, por último, "descubrir en los versos de nuestro "poeta. Que retirado á las márgenes "del Duero en edad avanzada, *ni aun* "podía olvidar su pasión: y que hubo "de morir sacerdote".

Haciendo muchos esfuerzos para comprender este *ni aun podía*, vendremos quizá á ver qué significa *no podía siquiera eso, ni esa pequeñez podía;* y no es tal la mente del académico, tomando como él toma, tan á pechos el malhadado amor de La Torre. Como don Aureliano prometa hacer dar de una vez á su héroe el salto del Léucades, dijo el Bachiller, le

perdonamos su discurso, y le prometemos tirar al fuego el acta de esta sesión. Preciso es que La Torre deje ya de jorobarnos con su amor y sus desdichas: saldrá curado, ó se quedará en el mar. El salto, pues, el salto!

El presidente propuso á los Señores de Tirteafuera nombrar una comisión que solicitase de don Aureliano el salto de Léucades para Francisco de La Torre, y, autorizado por ellos, designó á los beneméritos Domingo Barataria, Belermo Siempreviva y Amelio del Toboso para que fuesen á casa de don Aureliano, y con súplicas de todo género le determinasen á hacer dar el salto del Léucades á Francisco de La Torre. Si del mismo empuje consiguieran que se lo hiciera dar también á Francisco de Figueroa, tanto mejor: la cruel Filis no los seguirá matando, y don Aureliano dejará de molernos con sus amoríos.

Salieron los embajadores, y el presidente puso á la consideración de la

Academia este lugar de la obra de don Aureliano: "Hácenme sospechar lo segundo tantos literatos y guerreros como entonces *ascendieron* al sacerdocio".

Francisco de La Torre, poeta y guerrero, enamorado además, *ascendió* al sacerdocio: Lope de Vega, Calderón de la Barca y otros mil eclesiásticos á última hora, le hacen sospechar al señor Guerra que se verificó tal ascenso. Sea todo por Dios. Mas en buena lógica podemos preguntarle si el duque de Lerma, ascendido á cardenal, cuando menos lo pensaba Felipe III, no le hace también sospechar que Francisco de La Torre *ascendió* á la púrpura romana? En el siglo décimo nono, siglo de Bismark por una parte, de Darwin por otra, el general, el poeta, el hombre de Estado que se escondiese en la Sotana, descendería miserablemente. Don Aureliano está hablando como si nos halláramos en esos tiempos del rey Perico, donde los

emperadores *ascendían* al Convento. El siglo es el hombre: el que olvida las épocas de la civilización, y se traslada á las tristes edades en que los señores de rumbo *ascendían* á familiares de la Inquisición, y tenían á honra asistir á los autos de fé con una cerilla en la mano, vestidos de lacayos del demonio; el que se traslada, digo, á esas épocas vergonzosas del género humano, sale de su siglo, deja de ser nuestro contemporáneo, y se convierte en momia egipcia galvanizada por la vanidad y el fanatismo. Si Goethe hubiera tomado las órdenes, los alemanes no dijeran que hubiera ascendido. Si Byron se hubiese hecho clérigo, los ingleses le tuvieran lástima. Y dígame don Aureliano lo que pensarían los franceses de Napoleón, si éste hubiera salido de repente ordenándose de mayores? Es cosa tan fácil *ascender* á la Iglesia, que para eso no necesitamos saber, virtud, valor ni méritos de ninguna clase. El que quiere co-

mer sin trabajar, se hace clérigo ó fraile con la mayor facilidad del mundo. Para lo que se han menester riñones es para llegar á la cumbre de la gloria en la guerra, en las letras humanas, en la política, en la diplomacia. El señor de Bismark ha llegado á príncipe; no es probable que aspire *á ascender* al sacerdocio. A quien le deseamos ese ascenso es á don Aureliano: él no será Guerra y Orbe cabal, si no se pone sotana y bonete. Lo que es por adentro, don Aureliano es clérigo; clérigo de nacimiento; fué concebido clérigo, nació clérigo; no le falta sino el uniforme. Ordénese, *ascienda* á la casulla, y le ofrecemos nuestros votos en el conclave. Don Aureliano Cardenal, estará á un paso de don Aureliano papa. ¿Quién nos quita que después de un León XIII tengamos un Simplicio III?

"Don Juan Almeida, señor de Con-
"to de Avientes, se decidió á que *co-*
"*rriesen de molde*" (los papeles de

Francisco de La Torre).

Venir de molde, dijo Durandarte, es convenir perfectamente una cosa á otra; cuadrar, sentar bien. *Correr de molde* unos papeles, por andar impresos, es modo de decir empalagoso de un pedante que por nada quiere hablar como todo el mundo. El señor de Conto de Avientes resolvió dar á la imprenta las obras de La Torre, y no hay más que averiguar. Pero sí hay que averiguar si las dichas obras *aún todavía* no se vulgarizaron hasta el año de 1631, según afirma don Aureliano. *Aún todavía* vale *todavía todavía:* esto es albarda sobre albarda, no miel sobre hojuelas. Decídase el señor de Conto de Guerra de Orbe á que corra de molde el uno de estos abejorros, y quede el otro en letra de mano; que así como no todas las verdades son para dichas, así no todos los *todavías* son para de molde.

"En la dedicatoria y advertencia á "los que leyeren dijo nuestro caballe-

"ro, con palabras de verdad y ánimo "sencillo, cómo hubo de rescatar aque-"llas trovas, y no omitió señas ni por-"menor ninguno del códice manuscri-"to. La aseveración del bizarro edi-"tor confirmaron sin reticencias los "aprobantes y censores: y (repárese "bien) por medio del suyo puso fuera "de disputa el Real Consejo de Cas-"tilla que había ya mucho antes exa-"minado los versos el cantor de la "Araucana".

Entiende ésto el señor don Antonio Reposado? preguntó el presidente. Mi entendimiento no es para tanto, respondió don Antonio. El ilustre Guerra y Orbe quiere que se repare bien la oscuridad, la imposibilidad de su relato. Lo que reparo bien es que la pobre lengua castellana en manos de este académico es una algarabía de dos mil demonios. Principia por el atributo, atributo larguísimo, y concluye por el sujeto: ¿quién diablos ha de gustar de semejante rabia de cul-

tura especial? El lenguaje sencillo, culto, bello tiene esta construcción: "Los censores aprobaron la aseveración del editor".

"Cómo *hubo de* rescatar aquellas trovas". *Haber de*, en este sentido, envuelve siempre posibilidad, probabilidad. Lo que nuestro caballero dijo con palabras de verdad y ánimo sencillo fué el modo como *había* rescatado esas trovas, sin darlo como probable ni ponerlo en duda. *Cómo hubo de rescatar*, por *cómo había rescatado*, no lo dice uno que sabe su lengua. Y tan bien le suena á don Aureliano este tiempo enrevesado y bravío, *hubo de*, que lo menudea sin moderación ni recato gramatical. El pretérito pasado, el pretérito imperfecto, el pluscuamperfecto, no hay cosa que no supla con ese horrible duvitativo. *Hubo de venir*, por *vino: hubo de nacer*, por *nació: hubo de morir* en 1623, por *había muerto*. A él le suena bien, y ésto basta, aun cuando peque contra

la sana razón y las reglas del arte.

"Y (repárese bien) por medio del "suyo puso fuera de disputa el Real "Consejo de Castilla que había ya mu- "cho antes examinado los versos el "cantor de la "Araucana".

La frase es tan torcida, volteada, añudada y fregada en términos que el autor mismo no la entiende; y menos cuando de la maleza sale de repente don Alónso de Ercilla con su Araucana en la mano.

"El señor de la Torre de Juan Abad "deslució su trabajo, cediendo, por "una cortesana atención, al sentir del "conde de Añover, *que* ni llenaba ni "podía llenar de convencimiento su "buen juicio".

Llenar de convencimiento el juicio de uno, será como llenar de trigo una saca, ó de aguardiente una botella. Don Aureliano, sin caer en la cuenta, se vuelve materialista, pues da formas corporales y groseras al espíritu de la lengua. El buen juicio de Quevedo

viene á ser una vasija; y el Conde de Añover, *quien* no le llenaba ni podía llenarle de convencimiento, le llena sin embargo. Este don Aureliano está perdido, dijo el Bachiller Sansón Carrasco, si podemos llenar de convencimiento el juicio de una persona, claro es que podemos también vaciarlo. Luego el Excmo. Guerra y Orbe, cuando ha sacado de un error á uno de sus catecúmenos, dice que le ha vaciado de convencimiento? Cuando convence á un escéptico, le vacia de dudas; y cuando convierte á un hereje le vacia de impiedades.

Esto es de volverse uno loco, dijo el presidente. Veamos si don Aureliano es más razonable al fin de su discurso.

"Perdonemos que dormite una vez "siquiera (don Francisco de Quevedo) "quien tantas, aparentando que dor-"mía, estuvo despierto felicísimamen-"te".

Por debajo de la crítica! por debajo

de la crítica! gritaron todos los miembros de la Academia de Tirteafuera. Mas el presidente Trifaldín, á pesar de la bulla de la sala, hizo notar que don Aureliano llama *dormitar*, en Quevedo, el haberse dejado llenar el juicio de convencimiento por el conde de Añover. Quién sabe si este Conde no fué como Cagliostro y José Bálsamo, quienes, para llenar de lo que les daba la gana á las personas que caían en sus manos, las adormecían por medio de malas artes? Aunque el señor de la Torre de Juan Abad no era de los que se dejan llevar al pilón: á él nadie le llenaba de lo que no quería llenarse. Al contrario, él era el que vivía ocupado en llenar á los demás, si no de convencimiento, de alguna cosa mejor. Yo quisiera saber si don Aureliano es *mílite en la escuela* de José Bálsamo, y si, aparentando que dormía, ha estado despierto felicísimamente? Aunque la felicidad se suele expresar al revés, según el sentir de

los autores de Calixto y Melibea.—Ya callan....decía Lucrecia, cuando estos chicos se despertaban. Cuando estaban hablando, estaban dormidos. Don Francisco de Quevedo callaba mucho; así es que don Aureliano ha tenido razón de decir que estaba despierto felicísimamente. Don Aureliano callará? estará despierto felicísimamente? Me parece que no. El que es muy amigo de los amores ajenos, suele no tenerlos propios.

"Por el yerro de confundir el estilo "de dos siglos tan opuestos, y por ig"norar que siguió La Torre inmedia"tamente á Garcilaso, y fué de Lope "de Vega conocido,-á los pocos dias "de muerto el Fénix de los ingenios, "y á los cinco años de impresas las "rimas, vió Quevedo mortificado su "amor propio con una acerba censura "de Manuel de Taría y Sousa, caba"llero de casa real, en su comenta"rio á *las* Luisiadas de Luis de Ca"moens".

Don Manuel Tamayo y Baus, Don Pedro Antonio Alarcón, Don Juan Valera, Núñez de Arce y otros miembros sensatos de la Academia de Madrid, deben de sentir agolpárseles la sangre á las mejillas, dijo Montesinos, cuando ven de nuevo el discurso del primer vicario de su Iglesia. Qué es ésto, señores? Lengua castellana? aljamía, algarabía, jerga ó jerigonza? El hecho es que yo no comprendo este vuelo oratorio. "Inmediatamente, y á los pocos dias, y á los cinco años, y á los nueve meses, Tarías y Sousa, Quevedo, las Luisiadas....". Vamos, que don Aureliano se ha metido en el laberinto de Creta. Será el diablo si coge el hilo de Ariadna.

Este lenguaje es, sin duda, respondió Pedro Recio, la cifra impenetrable de los jesuitas. No desmochemos en este acantilado nuestro ingenio, y vamos á cosas que estén más á nuestros alcances.

No es tan oscuro el pasaje como el

honorable Montesinos quisiera dar á entender, dijo á su vez Sansón Carrasco. Lo que dice don Aureliano es que Manuel de Tarías y Sousa, caballero de casa real, mortificó el amor propio de Quevedo con una acerba censura, por el yerro de confundir el estilo de dos siglos tan opuestos, y por ignorar que siguió La Torre inmediatamente á Garcilaso, y fué de Lope de Vega conocido, á los pocos dias de muerto el Fénix de los ingenios, y á los cinco años de impresas las rimas.

No hay cosa más clara, replicó Montesinos. Este bachiller es un Juan Dungs Scoto: no hay sofisma que no destruya, ni oscuridad que no aclare, ni enredo que no explique satisfactoriamente. El pensamiento de don Aureliano se ha presentado limpio y lúcido como un diamante. En cuanto á las algas marinas, las venas cruzadas, los palos y la hojarasca de que don Aureliano se sirve para ocultar su

idea, son exornaciones oratorias y modo de hablar de lujo de un académico distinguido.

"¡Oh! si al tiempo de adquirir el "libro precisamente, por causa de don "Juan Perez de Montalbán, no hubie- "se roto vínculos cariñosísimos con "Lope de Vega, cuántas inestimables "noticias habrían enriquecido esta pu- "blicación interesante!"

Don Aureliano, dijo Pedro Recio, quiere lamentarse de que don Juan Perez de Montalbán hubiese sido la causa del rompimiento de Quevedo con Lope de Vega; pero lo que ha dicho es, que el citado Juan Perez fué la causa de haber adquirido Quevedo el libro de que se trata. Don Aureliano, para expresarse de un modo poco común, dará siempre á entender lo contrario de lo que quiere decir. Antes de dejar la palabra, señor presidente, séame permitido poner en claro una extravagancia del mismo autor. "Pero ni entonces ni en más de veinte

"años después, dice, *nadie puso len-* "*guas en* que fuesen tales versos más "antiguos que el editor". El editor era Quevedo, los versos eran de La Torre; pero los que negaban la existencia de este poeta, se los atribuían á Quevedo. Guerra y Orbe combate esta opinión con afirmar que ni entonces ni en más de ciento veinte años *nadie puso lenguas en* que dichos versos fuesen más antiguos que el editor. De suerte que *poner lenguas en* es negar. El que quiera indisponerse con don Aureliano Fernández Guerra y Orbe no tiene más que poner lenguas en su sabiduría; y el que quiera enfurecerle, ponga lenguas en la infalibilidad del Papa. Don Aureliano, como Felipesegundista, pone lenguas en la soberanía del pueblo; y como inquisidor de inclinación y profesión, pone lenguas en la libertad del pensamiento. Cuando esté disputando en forma silogística, ha de responder: pongo lenguas en la premisa; y cuando no quie-

ra confesar los escudos que tiene guardados, ha de decir: pongo lenguas en mis talegos; con lo cual habrá dicho que no tiene dinero. El verbo negar es de uso común: don Aureliano Fernández no es un quidam para que vaya á servirse de vocablos comunes. Nosotros negamos una cosa, él pone lenguas en ella. Buen provecho.

En los autores antiguos, dijo Durandarte, se halla este modo de decir; pero es en el sentido de hablar mal de una cosa respetable, de atreverse contra una persona de consideración, de murmurar, censurar, y nunca de *negar*. En Mariana topamos alguna vez con este rancio *poner lengua*, cuando habla de algún atrevido que se desboca; don Aureliano pone lenguas, más de una. ¿Cuántas lenguas pone él cuando pone la lengua en alguna parte?

"Pues á deshora, ved aquí en 1753, "un hombre de mérito indisputable, "don Luis José Velázquez, marqués "de Valdeflores, *sosteniendo ser* Que-

"vedo el verdadero autor de aquellas "excelentes obras".

Puede pasar, preguntó el presidente Trifaldín, ese gerundio unido á ese infinitivo?

Todo le paso á don Aureliano, respondió el bachiller Sansón, menos ese monstruo de dos cabezas. Los simples vocablos franceses afean nuestra lengua, pero no la desnaturalizan; el mal uso de los verbos la disloca, la tuerce, la corrompe esencialmente y la destruye. Diga don Aureliano *bella madre* por suegra, *bello padre* por suegro, como ya están traduciendo los buenos escritores españoles; pero á ese gerundio infame le doy con la puerta en los hocicos, no menos que á su cómplice. La *bella madre (belle mère)*, el *bello padre (beaux père)* de los hábiles traductores castellanos, al fin y al cabo pueden hacernos un servicio, y es que ya no tendremos suegro ni suegra: ese gerundio coronado en la Academia Española será un conquis-

tador bárbaro que repetirá las obras de Atila. No, por Dios, don Aureliano, don Aurelianito, no lo llame, no lo traiga! Usted que ha puesto lenguas en Florinda, ésto es, que ha negado la existencia de la muchacha, será otro conde don Julián?

Muera el nuevo conde don Julián! gritó el doctor Pedro Recio. Muera el nuevo conde don Julián! repitieron todos los académicos de Tirteafuera. Tanto más, tornó á decir el bachiller, cuanto que, como don Aureliano ha negado la existencia de la Cava, no tiene siquiera la disculpa del padre ofendido; y no más que por traernos á los moros de Francia, nos los trae. Muera don Aureliano!

Muera don Aureliano! repitieron todos los académicos; y el presidente leyó este pasaje. "Y advertid que el ingenioso innovador malagueño *desentendíase* completamente de la diferencia de los casos".

El afijo *se* ha entrado aquí como en-

clítico; ésto es, ha sido pospuesto al verbo, cuando debe ir antepuesto, de este modo: "Y advertid que el ingenioso innovador malagueño *se* desentendía completamente". Del mal uso de los casos complementarios resulta la disonancia que no pueden sufrir los lectores bien organizados. El punto de los afijos es largo y molesto en las obras elementales; pero la gramática instintiva los distingue maravillosamente; de tal modo que las reglas del arte y la prática de los escritores de nacimiento, sin acuerdo anterior, están siempre acordes. Los filólogos tienen esa construcción por intolerable: otras son las ocasiones en que el caso complementario *se* entra como enclítico; aquí debe ser afijo, ó hablamos, no sólo como pedantes, sino también como ignorantes. Los que piensan que pueden *ad libitum* anteponer ó posponer al verbo el *se*, ni conocen las reglas del arte, ni tienen oído gramatical. Sabeis, señores, que el oído tiene su

música? El que carece de música interior, nunca escribirá con armonía, y siempre andará diciendo: "El ingenioso innovador malagueño *desentendíase* completamente".

Conste en el acta, dijo el presidente Trifaldín, que don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe no tiene música interior, y que su oído, torpe, muy torpe, es incapaz de la armonía gramatical y mucho más de la gran combinación artística de cláusulas oratorias.

"Velázquez pensó avalorar sus ima-
"ginaciones con tal cual analogía en
"poemas de La Torre y Quevedo,
"cuando en su índole desemejan como
"el día y la noche, lo negro y lo blan-
"co, una bisarrísima dama de veinti-
"cinco alfileres y una mocetona del
"bureo, con pañolón de seda medio
"caído, arrastrando por barrizales".

El doctor Pedro Recio y el bachiller Sansón Carrasco se pusieron en pié á un tiempo, y gritaron: Esto está por debajo de la crítica!

Montesinos, sin moverse, repitió sordamente: Esto está por debajo de la crítica!

El presidente dijo á su vez: Esto está por debajo de la crítica! Y pasaron adelante. Mas no sin que el viejo Durandarte hubiese murmurado varias veces, como si estuviese hablando consigo mismo: "Una mocetona del bureo arrastrando por barrizales...." Hum, hum.....será como los perros de Cristobal de Castillejo?

Y va el perro con la perra
A las veces arrastrando por el lodo.

"Tampoco hallan los secuaces del "marqués de Valdeflores *otro ningún* "Francisco de la Torre, sino el señor "de la Torre de Juan Abad: sin em-"bargo, dos más recuerdo yo, con los "que vienen á ser cuatro, nada menos".

Dos y dos son cuatro. Si fuesen menos, dijo el Bachiller, ya no fueran cuatro. Con todo, el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe ha

hecho un señalado servicio á la aritmética, y aún á la álgebra, comprobar que dos y dos son cuatro, nada menos. Por lo que respecta á ese avechucho de más arriba, *otro ningún*, don Aureliano ha obrado como discreto en ponerlo desplumado en el lugar más visible de la oración. Como todos decimos "ningún otro", él, para hablar mejor que todos, ha de decir *otro ningún*. Pero tenemos á bien hacerle saber de paso en lenguaje técnico que: —*Uno, alguno, ninguno* se apocopan tan solamente cuando el nombre apocopado precede al sustantivo. Decimos pues *ningún otro, algún otro*. Si don Aureliano dice *otro ningún* Francisco de la Torre, podrá decir también *otro algun* Francisco de la Torre; cuando no hay más construcción gramatical que esta: *ningún otro, algun otro* Francisco de la Torre. Si á mí no me cree, consulte la gramática de Bello, la de Salvá, y hasta la de la Academia Española.

Ahora vienen los dos Franciscos de la Torre que recuerda don Aureliano: "el uno es un secretario del Obispo "de Verona, en la misma ciudad naci- "do (y en la misma caldera fregado), "amante de la *castellana lengua*, y "apasionado de las musas, que debió "á los hijos de Aldo figurar en la co- "lección intitulada: *Lettere volgari di "diversi nobilisime hurmini;* Vene- "cia 1584".

No le han aprovechado á don Aureliano, siguió diciendo el Bachiller las lecciones que le dimos cuando analizamos su *española Talía*. Aun suena peor esta *castellana lengua;* y así probemos á ver si metiéndole por los ojos algunas frases análogas aprende á decir *lengua castellana*. Si dice *castellana lengua*, puede decir *francesa lengua*, *inglesa lengua:* por aquí se irá á la *latina lengua*, y no parará hasta no llegar á la *griega lengua*. Pero tenga cuidado de no adelantarse hasta la *hebrea lengua*, porque los Judíos son

gente *non sancta*, y, como á cristiano viejo, pueden hacerle alguna mala partida. Venga usted acá, don Aureliano, oiga bien, y procure comprender ésto: cuando el adjetivo modifica al sustantivo, calificándolo, puede ir antes que él, como cuando decimos "hermosa dama". En este caso es epíteto. Cuando lo modifica especificándolo, ó individualizándolo, ó determinándolo, es predicado, y no hay plena libertad para anteponerlo ó posponerlo. En *castellana lengua* el *castellana* no es epíteto, porque no califica al sustantivo, sino predicado, porque lo determina, lo designa. La *lengua castellana*, ésto es, la lengua de Castilla, la que se conoce en el mundo como perteneciente á los castellanos; y por extensión y triunfo de dicha lengua, la que hablan los españoles de uno y otro mundo. *La sonora lengua castellana*, está bien dicho, porque el adjetivo *sonora* es epíteto y la califica, dando á entender que el ser sonora es una pro-

piedad de dicha lengua. Vea usted por qué no le podrán sufrir los que conocen su idioma cuando le oyen decir "La castellana lengua", llevado de cierto eufonismo ciego que puede engañar á las personas poco inteligentes. Los franceses no dicen jamás la "française lengue", porque ellos, aun los que no son académicos, saben que *française* no es epíteto sino predicado de *lengue*. Si todavía no le entra á usted esta doctrina en la mollera, vamos á sacarle alguna sangre más. Usted, como español rancio, sabe que la letra con sangre entra, y no hay que enojarse.

En *piedras preciosas*, el *preciosas* designa la clase de piedras que en el reino mineral son conocidas con ese nombre, por la estimación que hacemos de ellas. Es, por tanto, predicado. Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe será un Salomón patas arriba, si va á decir *las preciosas piedras*. Este es el caso de la *castellana lengua*; y este mismo será el caso de

la *torcaz paloma.* El que dice la *castellana lengua*, puede muy bien decir la *torcaz paloma.* Don Aureliano es capaz de todo, á pesar del consonante.

"Mas todavía: en el mismo prólo-"go de ellas estampó nuestro Juvenal "castellano *insigne prueba* de la ver-"dad que defiendo".

La supresión del artículo indefinido, sin gracia ni oportunidad, dijo Durandarte, lejos de conciliar elegancia á las expresiones, las desaira, las vuelve duras, y muchas veces ridículas. A ese bravío *insigne prueba* se le amansa de este modo: "En el mismo prólogo de ellas consignó el Juvenal castellano una prueba concluyente de la verdad que defiendo". Si ese Juvenal es castellano, ya sabemos que es nuestro. "Nuestro Juvenal" ó "el Juvenal castellano". Hablemos sin ripios.

"En nada se parecen ni la vida ni "las obras de La Torre y Quevedo".

Qué falta aquí? preguntó el presidente, marqués de las Tres Faldas.

Falta la mitad de la expresión, respondió Montesinos. Don Aureliano debió haber dicho: "En nada se parecen ni la vida ni las obras de La Torre *á las* de Quevedo". De otro modo no hay sentido; pues resulta que esas obras, de un autor que se llamaba La Torre y Quevedo, *en nada se parecen.* A quién? á cuáles? El autor, para hacer con suma elegancia, no lo dice.

"Hay más, señores académicos: "*faltábale á su* corazón savia para "esos tiernos y delicados matices de "un platonismo exquisitamente pulcro".

Don Aureliano es el Genio del amor: amor en La Torre, amor en Figueroa, amor en Quevedo. Su discurso académico es un verdadero Arte de amar. No los aflojó á Francisco de La Torre y Francisco de Figueroa, sino para agarrarse á don Francisco de Quevedo. Y ahora sí que estamos mal, porque ¡cuándo se

acaban los amores de Quevedo! Y qué amores.........

Las mujeres de esta tierra
Tienen muy poco artificio,
Más de lo que las otras
Y me saben á lo mismo.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos,
Que besar labios de cera
Es besar un hombre cirios.
Buenas son estas sayazas
Y estas faldas de cilicio......

La Real Academia Española, no solamente oyó con paciencia estos lugares inmundos en boca de ese viejo devoto, sino también los aplaudió. Discurso donde tienen cabida torpezas semejantes, ¿qué será?.

"Savia para los matices del platonismo".... Esta es la pintura al óleo. Dios sabe qué mamarrachos nos va á presentar don Aureliano: mejor será que le dejemos plantado en esta materia; pero no le hemos de dejar sin tirarle la oreja por el otro lado: "Fal-

tábale á su corazón savia. . . . ." Antes parece que le sobraba; ó es más bien don Aureliano el ingenio abundante á quien sobran palabras, á falta de ideas claras y sencillas. "Faltábale á su corazón", es pleonasmo grosero. Mire la Real Academia Española cómo se limpia, pule y da esplendor á este pedazo de mineral bruto: *Faltaba á su corazón* ó *Faltábale al corazón.*

"En el XVI cegó los ojos al vivísimo resplandor de la gloria para no "reparar en la podredumbre y lodaza-"les de las humanas pasiones."

Es de buena lengua castellana, señores académicos, preguntó el presidente Trifaldín, abrazar con el artículo femenino en singular un nombre del género masculino en plural? "La podredumbre y lodazales", dice Guerra y Orbe.

De ninguna manera, respondió Montesinos. Para hablar castellano, tiene que decir: "La podredumbre y *los* lodazales de las pasiones humanas", y

allá se averigüe con la cacofonía.

"El dolor de ellos es palabrero, ruidoso: pero el de nuestro vate estímese "mucho más hondo, mas vivo, lleno de "*resignación desesperada*".

Aquí don Aureliano quiso echar un victorugazo. Resignación desesperada. Entiéndalo Judas, que la Academia de Tirteafuera no lo entiende. Vaya mi hombre resignado á su suerte, lleno de paciencia, que va y se tira de cabeza en un derrumbadero, de pura desesperación! Yo, señor presidente, yo, el bachiller Sansón Carrasco, no estoy á la altura de estos pensamientos; y así pido á vuexcelencia proponga lugares más adecuados á mi capacidad intelectual. Pero en lo que entiendo, diré cuatro palabras. Entre *el dolor de ellos* y *su dolor* la segunda es la frase eufónica y elegante. Ahora, si el cronista de Francisco de La Torre y Francisco de Figueroa nos advierte imperativamente que consideremos más hondo, más vivo y más lleno de resignación deses-

perada el dolor de esos dos enamorados sin ventura, que el de Quevedo, diga que lo tengamos por tal, y no: "Estímese más hondo"; porque de este modo la orden recae sobre el dolor mismo.

Cuando el excelentísimo señor Fernandez Guerrra y Orbe esté hablando de un pozo, un río, un aljibe, diga *hondo.* Cuando trate de las pasiones, los afectos, los dolores, diga *profundo.* El dolor puede ser interno, pero no es *hondo,* porque este adjetivo sugiere á la mente una idea de cosa material, representando un objeto que contiene ó puede contener otro. Así como á don Francisco de Quevedo le faltaba savia para los matices del platonismo, así á don Aureliano Fernandez le faltaba jugo para el mecanismo prodigioso de las lenguas, y no puede hacer rodar la suya propia, moviendo esos resortes secretos por medio de los cuales la llevan por delante los que, gracias á una inteligencia superior, gracias á un estudio

prudente, han alcanzado los favores de esa gran señora. Don Aureliano, siguió diciendo el bachiller, es tan desgraciado con la lengua castellana, como su héroe La Torre con esa chica á quien la llama Filis, á la moda de Ovidio: tanto la una como la otra se casan con otros, mientras los *finos amantes* están de guarnición, La Torre en las fortalezas del Po, Guerra y Orbe en la Academia Española. Repito, señor presidente, que vuexcelencia debe poner á nuestra consideración lugares más razonables del discurso que estamos examinando.

Esto es lo de menos, respondió el presidente, y citó este pasaje elegantísimo del dicho discurso.

"Qué diríais si entre los papeles de "la Universidad Complutense, hoy cus- "todiados en el archivo de la Central, "vieseis, como acabo de ver yo, el "nombre de Francisco de La Torre, "natural de Fordelaguna, entre los co- "legiales de San Isidoro y San Euge-

"nio, que por los años de 1554 y 1555 "fatigaban en el estudio de los autores "clásicos, tanto historiadores como ora- "dores y poetas latinos y griegos?"

Desenmarañe este farrago el señor bachiller; dijo Trifaldín, él es el más competente para estos abismos de elo- cuencia.

Aquí no hay que pescar respondió, el bachiller, sino que La Torre, junto con los colegiales de San Isidoro y San Eugenio, tenían fatigados á los clá- sicos, griegos y latinos; á los oradores, historiadores y poetas, de tanto estu- diar sus obras. De suerte que La To- rre y esos colegiales traían á mal an- dar á Homero, Tucídides, Jenofonte, Virgilio, Tito Livio, Cicerón, con no soltar sus libros de la mano. Cuando don Aureliano lée mucho la Odisea, Homero es el fatigado; cuando estudia las obras de Séneca, Séneca es el fati- gado. Pues téngales alguna conside- ración, y no los fatigue tanto. Jesús mismo, el dulce Jesús, tuvo quien le

ayudase á llevar la cruz; pero á esos pobres hombres; ¿quién les ayudará á llevar la cruz de don Aureliano? quién les dará descanso en esa fatiga, agua en esa sed, vino en ese calvario? Esos antiguos nunca han de haber pensado que don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe había de ser su verdugo.

En los cuentos fantásticos de Hoffmann hay un mágico ridículo llamado Cinabrio ó Cinabrito, porque es un hombrezuelo no más grande que un recién nacido. La virtud de este bergante es la de atribuirse por arte del diablo las obras plausibles de los demás; antes que nada recibiendo mil parabienes por las hazañas consumadas por otros, por las acciones recomendables que él ha estado lejos de ejecutar, por las obras maestras de los artistas de fama, y otras cosas grandes, en *daño* y perjuicio de los verdaderos autores.

Cenabrio se defiende con mucha modestia, se ríe, dice que eso no vale la

pena; y los demás cargan la mano en la admiración y la alabanza.

Los colegiales de San Isidoro y San Eugenio, Francisco de La Torre y don Aureliano Fernandez Guerra tienen la virtud contraria: los males que deben experimentar ellos los hacen refluir sobre los otros; la fatiga que debe causarles el exceso del estudio, la hacen redundar sobre los autores de los libros que leen. Don Aureliano es realmente brujo. No le falta sino montarse en un palo de escoba, é irse á tener por los aires en Roma, cual otro licenciado Torralva. En resumidas cuentas, "los colegiales de San Isidoro y San Eugenio fatigaban en el estudio de los autores clásicos, tantos historiadores como oradores y poetas, latinos y griegos".

Raro, noble y perfumado modo de dar cuenta de las cosas, dijo el presidente; sin más dificultad sino que no podrán comprenderle los que no tengan la robustez intelectual de nuestro

bachiller. Ahora veamos lo que sigue diciendo el monstruo de la naturaleza, Fenix de los ingenios académicos.

"Acaso porque fué entonces cuando "el enamorado mozo abandonó el sue-"lo natal, y abrazó la profesión de las "armas, y *codició encontrar* la fortuna "ó la muerte en la guerra?"

Los avarientos codician las riquezas, dijo Durandarte; los ambiciosos el poder, los enamorados el objeto de su pasión: codiciar un verbo no le podía ocurrir sino á don Aureliano. "Codició encontrar.... " Esto es más que mal gusto, es necedad. Busque ese hombre la fortuna, desée la muerte, ansíe el logro de sus esperanzas; pero no *codicie encontrar*, porque ¿qué se suple de ese miserable infinitivo? Nadie codicia amar; lo que codician todos es la mujer amada: nadie codicia adquirir; lo que codician todos es el dinero; nadie codicia reinar; lo que codician los príncipes imposibles, como don Carlos

es el trono. Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe codicia amar, codicia adquirir, aunque no codicia reinar, según pensamos, sino sobre la Academia Española.

"Dejemos que el tiempo la casuali-
"dad completen estos descubrimien-
"tos, y ahora *ponga* yo término á este
"desaliñado discurso".

Sí, don Aureliano, sí, por Dios ya es tiempo de que usted ponga término á su discurso; discurso más que desaliñado, desgreñado, alborotado, disparatado, descoyuntado y fregado con que usted nos está molestando y capeando más ha ya de dos horas y media. Lo mejor hubiera sido que no lo hubiera principiado, y que hubiera escrito otro discurso mas llano, inteligible y conforme con el arte de escribir y la sana razon. "Y ahora *ponga* yo término, en obsequio vuestro, á tan desaliñado discurso", dice usted. Póngase usted en imperativo, mándese usted mismo, y, si no se obedece, impónga-

se el castigo de sus numerosos delitos.

En esta sazón volvieron los embajadores que la Academia de Tirteafuera había mandado al Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, para suplicarle hiciera dar el salto de Leucades á Francisco de La Torre y Francisco Figueroa. Y don Domingo Barataria, quien por ser amigo y admirador del dicho Guerra, había llevado la palabra, dijo: El Excmo. señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, miembro de número de la Real Academia Española, por nada consiente en que sus héroes den el salto de Leucades. Dice, señores académicos, que el amor es el alma del universo, y que mientras más amores haya en el mundo, más y mejor viviremos. No hay esperanza de que los dos Franciscos dejen de llorar á su cruel Filis cubierta de crueles heridas, ni de que don Aureliano nos perdone la vida con dejarlos ir solos y por su cuenta.

Importa poco la terquedad de don Aureliano, respondió el Bachiller: tengan ó no fin los amores de La Torre, Figueroa y la Filis herida, él nos ha prometido poner término á su desaliñado discurso. Como nos cumpla la palabra, estamos salvados.

Y si no nos la cumple también, agregó el presidente Trifaldín; pues nosotros, quiera ó no quiera don Aureliano, vamos á poner término á su discurso, examinando la conclusión, que debe de ser digna del principio. Dice así:

"Ojalá, señores académicos, esta "disputada corona de aureas flores "perteneciese á Quevedo! Gozo nin-"guno hubiese comparable con el mío, "á estarme reservado á mí afirmarla "en sus sienes; á mí, que años y años "vivo con el Luciano español, y le "siento á mi mesa, y velo por él, y le "soy deudor [grato me es confesarlo] "de la honra que en este sitio recibo, "y con que vosotros aprisionais mi al-

"ma en inmensa gratitud. El es mi "fiel amigo, él, otro padre cariñoso; "para él ambiciono todos los aplausos "y coronas; pero la verdad y la justi- "cia, hijas del cielo, me imponen el sa- "crificio de volver á Francisco de La "Torre lo que es suyo. Qué digo sa- "crificio? La gloria de Quevedo per- "manece intacta. Brillar sin compe- "tencia no es mérito; á los grandes "ingenios otros tan grandes los hacen "mayores; á veces los completan, nun- "ca les son embarazo, sino compañía".

Guardaron silencio los sabios de Tirteafuera, admirados quizá de este sonoro, cadencioso y magnífico fin del discurso, cuando el presidente preguntó: Hay algo que decir respecto de esta sorprendente conclusión, señores?

Tanto hay, contestó Pedro Recio, que sería difícil hallar una línea sin defecto. La ideología es loca, la sintáxis menguada, la entonación no puede ser mas vulgar y plebeya. Los re-

tóricos aconsejan que al fin del discurso se acumulen las ideas más sublimes, que para él se escojan las formas y torneos más elegantes, y que hagamos de manera que con nuestra última oración quede lleno de música el oido del auditorio. Don Aureliano ha seguido fielmente los preceptos de Aristóteles y Quintiliano: ¡qué golpe de elocuencia éste: "A los grandes ingenios otros tan grandes los hacen mayores; á veces los completan; nunca les son embarazo, sino compañía!"

¡Y este es el fin del discurso! Torpe ha de ser el oído en donde cabe pifia semejante. La gramática de don Aureliano está cubierta de heridas más crueles que las de Filis: "A los grandes ingenios otros tan grandes los hacen mayores". Esta locución está en un pié como una grulla, porque falta uno de los términos comparativos. "A los grandes ingenios otros tan grandes *como ellos* los vuelven mayores"; así es como se dice:

"Brillar *sin competencia* no es mérito".

Entre los vicios de composición, nunguno afea más el discurso ni da más triste idea del escritor, que los pensamientos falsos. Ellos indican pobreza de inteligencia, y duda é incertidumbre respecto de los principios de moral y filosofía. "Brillar sin competencia no es mérito". Este pensamiento es falso, porque el mérito no consiste en la competencia, sino en la virtud de los hombres que la suscitan con sus grandes facultades comprensivas y sensitivas. Cuando éstas son tan extraordinarias y superiores, que no hay hombre audaz y pagado de sí mismo que se atreva á competir con el dichoso mortal que las posée, el mérito de éste es mucho mayor. ¿Hablaremos como sensatos, si decimos que Cervantes, en la órbita de su ingenio, no es hombre de mérito, porque brilla sin competencia? Lope de Vega fué llamado el Fénix de los in-

genios, justamente porque sus contemporáneos estaban deslumbrados por ese entendimiento que les parecía único: Lope de Vega *brillaba* tanto, que los españoles no creían posible naciera un competidor para él, y le llamaban el *Fénix de los ingenios.* Según don Aureliano Fernandez Guerra, ni Cervantes, ni Lope son hombres de mérito. "Brillar sin competencia no es mérito". El menguado que ha compuesto un discurso de pensamientos como éste, no competirá, ciertamente, ni con los españoles de mediana virtud intelectual que brillan, á lo menos, por la sensatez y la modestia, menos con los ingenios de primer orden.

"A los grandes ingenios otros tan grandes nunca les son embarazo, sino compañía".

De suerte que el ingenio de Virgilio es la compañía de Homero; el del Tasso es la compañía del Ariosto. La compañía de don Aureliano.......la iremos á buscar en la feria. Aun muy

dichosos si algún gitano bellaco no nos la encaja con azogue en los oídos.

"A mí, que años y años vivo con el "Luciano español, y le siento á mi "mesa, y velo por él, y le soy deudor "de la honra que en este sitio recibo".

Pasémosle á don Aureliano, dijo el Bachiller, este largo amancebamiento con Quevedo; pero díganos por qué tuviera tanto gusto de que los versos de La Torre fueran de Quevedo? Gozo no hubiera, dice, comparable con el mío, si los versos de La Torre fueran de Quevedo. Y por qué? Porque vive con Quevedo, es claro. Lo que ha de comer moro, que coma cristiano. Pero la verdad y la justicia, hijas del cielo, le imponen á don Aureliano el sacrificio de volver á Francisco de La Torre lo que es suyo; y don Francisco de Quevedo pierde las pascuas que le quisiera dar su buena amiga. Vamos á ver, si la *Gatomaquía*, en vez de ser de Lope de Vega, fuese de don Francisco de Quevedo,

el gozo de nuestra vieja sería también inefable?

Don Aureliano, dijo á su vez el doctor Recio sienta á su mesa á don Francisco de Quevedo y Villegas.

Señor de la Torre de Juan Abad, agregó el Bachiller, interrumpiéndole. Ese Lúculo que estaba acostumbrado al chorizo de Garrovillas y al jamón de Trevelez, no ha de estar muy contento con el bacalao de don Aureliano. Y de postres, ¿qué le da? Don Francisco de Quevedo, si come dulces, son las yemas de San Leandro de Sevilla, é otros nobles é extraños letuarios con que suelen regalar las monjas, de quienes gusta más que de las yemas, porque sabe, como el Arcipreste de Hita, que

Quien á monjas non ama, non vale un maravedí.

Don Aureliano le sienta á su mesa á don Francisco de Quevedo. Es brujo ese cristiano viejo? Se ha convertido al espiritismo? Dar de comer á los

muertos, y muertos de doscientos años, es arte secreta de la cual no se ha hablado todavía. O viene á su mesa don Francisco de Quevedo como la estatua del Comendador se presentó al banquete de don Juan? Don Aureliano se nos empieza á volver sospechoso. Esto de comer con difuntos, ó más bien con espíritus y espectros, no es cosa que ofrece garantías, como si dijéramos, si fuesemos un tanto afrancesados. Dé de comer á Quevedo; pero mire como no estreche demasiado su vigilancia, porque el señor de la Torre de Juan Abad no ha menester el recato de una doncella. Al contrario, es tan amigo de la libertad, tan llano y avenidero en materia pecaminosa, que él cata de todo, según su panegirista mismo nos hace saber en su discurso de recepción, con admirable grandeza de alma y pulcritud de lenguaje, cuando recuerda una de las más bellas y castas poesías de su comensal.

Las mujeres de esta tierra
Tienen muy poco artificio
Mas son de lo que las otras
Y me saben á lo mismo.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos
Que besar labios con cera
Es besar un hombre cirios.

Con el autor de estas efusiones puras, santas vive el católico don Aureliano *años y años*, según dice, y le sienta á su mesa, y para él ambiciona *todos los aplausos y coronas*. Pongamos la corona de gloria en las sienes de los hombres virtuosos, aplaudamos los triunfos de la moral que mejoran el mundo y santifican la vida; mas no presentemos á los hombres por su lado más triste y feo para deshacernos en alabanzas; alabanzas que vienen á ser reconocimiento de nuestra ineptitud y torpeza.

Sea de ésto lo que fuere, entre el cargo de guardamanjier y el de guardamujer, opte don Aureliano por el

primero, porque el segundo es de lo más dificil y azaroso. ¡Ahora, el deguardaquevedo! Si bien se mira señores académicos, siguió diciendo el Bachiller, Fernandez Guerra y Orbe tiene razón, pues como dice que para Quevedo ambiciona todos los aplausos y coronas, justo es que *vele por él* para que entre esas coronas esté la de la virginidad y la inocencia. Viva mil años don Francisco de Quevedo, y cuando no pueda más, muera tranquilo, pues ya sabe que don Aureliano le ha de enterrar con palma y guirnalda.

No solamente tranquilo, dijo Durandarte poniéndose de piés, sino también contento, porque me propongo desde ahora acompañarle hasta el cementerio. Pero mientras enterramos al señor de la Torre de Juan Abad, acabemos de disecar al señor de Guerra y Orbe. Cuando *le sienta* á su mesa, cuando *vela por él*, don Aureliano ejerce la acción del verbo; cuando *le es deudor* de la gloria que

en ese sitio recibe, ya no ejerce acción ninguna, porque pasa á ser sujeto de un verbo de estado en una misma proposición. Falta de las más garrafales que no cometen sino los absolutamente ignorantes de la lengua. Puede pasar esta construcción, señores académicos "Te despierto, te paso la ropa, te visto, te lavo la cara y te soy deudor de veinte duros?" De este cúmulo de verbos transitivos y sustantivos unidos por una conjunción resulta la lengua bárbara que suena tan bien á esa ánima bendita llamada don Mariano Roca y Togores, marqués de Molins, quien ha puesto en los cuernos de la luna el discurso de los hocicos.

De los hocicos, y de alguna cosa peor, señores, dijo á su vez don Domingo Barataria. Las poesías de La Torre, sostiene Fernandez Guerra, no pueden ser de Quevedo, porque las obras de estos dos poetas *desemejan como el día y la noche, lo negro y lo*

blanco, una bizarrísima dama de veinticinco alfileres y una mocetona del bureo, con pañolón de seda medio caído, arrastrando por barrizales. Y á ése, cuya Musa es esta mocetona del bureo, le sienta á su mesa, y para él quiere todas las coronas? Con que, el bueno, el casto don Aureliano vive años y años, como dice, con esa manola de pañolón medio caído? Luego, si Quevedo *va arrastrando por barrizales*, don Aureliano que vive con él, entra en la danza, naturalmente, y Cristobal de Castillejo no ha mentido.

No me sorprende, señores académicos, tornó á decir el bachiller Sansón Carrasco, que uno que vive mal durante tantos años, tenga encallecida la conciencia y llame *sacrificio* el devolver lo ajeno. Don Aureliano confiesa que es para él un sacrificio devolver á La Torre *lo que es suyo*, quitándoselo á Quevedo, porque para esta *mocetona del bureo, con pañolón medio caído, arrastrando por barrizales,*

quisiera, dice, todos los aplausos y las coronas, en perjuicio de la bizarrísima dama de veinticinco alfileres. No serán veinticinco los que sienta de punta en el cuerpo el Excmo. señor Fernandez Guerra y Orbe, caballero de casa real, sino veinticinco mil. ¡Así fueran púas y rejones, para que le abran las carnes y le enseñen á ser buen moro, ya que no puede ser buen cristiano!

Necesitamos un hombre grave, dijo el presidente Trifaldín, ahora que hemos concluído el famoso discurso, para que dé una idea á bulto de la composición, en cuatro pinceladas generales. El señor don Antonio Reposado tiene la palabra.

Un discurso académico, respondió don Antonio, que principia por unos versitos ridículos de arte menor; que sigue con versitos y termina con versitos, no sólo ridículos sino también indecentes; un discurso cuyo asunto es el amor desdichado de un poeta perdido en la duda y la oscuridad del

tiempo; unos amores poco naturales y decorosos, puesto que los dos amantes de una misma mujer no dejan de ser amigos íntimos ni de andar contándose uno á otro sus cuitas; un discurso de este linaje, digo, señores, no puede prestarse ni á los arranques del pensamiento, ni á las seducciones de la gracia, ni á los vaivenes sublimes de la elocuencia. Si el tal discurso peca, además, contra todas las reglas del arte de escribir, bien así contra los grandes preceptos de composición, como contra las humildes reglas de la gramática; semejante discurso no merece los honores de la imprenta oficial. Esa muestra escandalosa de mal gusto é ignorancia al lado del filosófico, profundo, grandilocuente, correcto, sabio discurso de don Rafael María Baralt; al lado de la sensata, modesta, bien escrita contestación que el señor Pacheco le ha dado, hace la más triste figura que puede hacer un escrito en un certamen literario.

Todos aplaudieron este juicio de don Antonio, y resolvieron que el acta de la sesión fuese publicada á costa de la Real Academia de Tirteafuera. Mas no antes que el bachiller Sansón Carrasco hubiese hecho, para concluir, las siguientes observaciones:

Suelen los reyes y los cuerpos soberanos indemnizar, en cierto modo, con una merced á los reos á quienes han condenado á una grave pena. Así, verbigracia, el muy ilustre Felipe II, á quien Dios tenga en su santa gracia, al desterrar de España al pintor Antonio Moro, le dió cartas de recomendación para el Gobernador de Flandes, el Excmo. señor don Fernando de Toledo, duque de Alba. Felipe III mandó que se tratase de excelencia á su valido don Rodrígo Calderón hasta las gradas del patíbulo. Así nosotros, señores académicos, debemos neutralizar la justa aflixión que hemos causado en el benemérito Guerra y Orbe, con una prueba de bene-

volencia y aprecio, si es posible.

El Presidente Trifaldín consultó á la Academia cuál pudiera ser la indemnización que el Bachiller proponía; y como nadie tomase la palabra un buen espacio, el Bachiller volvió á ponerse de piés, y dijo: Se me ocurre, señores, una cosa: Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, con haber probado plenamente que la Cava no ha existido jamás, ha merecido bien de don Rodrígo. Supongo que un recuerdo, una insignia, digo más, una reliquia de este venerable godo, sería prenda de inestimable valor para el dicho don Aureliano, quien precia más que la vida los huesos de los santos y los reyes. No habéis olvidado, señores, que don Rodrígo desapareció del campo del Guadalete sin que nadie hubiere podido averiguar si estuvo con vida, ó si su cadaver fué arrebatado por los moros. Mas ved aquí que no ha mucho, cavando en una colina de Tirteafuera para hacer un aljibe mi co-

lega y compadre Pedro Recio da con una losa, y en ella esta inscripción latina:

Hic jacet Rodericus rex gotorum.

¡Aquí fué grande la sorpresa de mi amigo Pedro Recio! Levanta la losa, y ¿qué es lo que ven sus ojos, señores académicos? Una calavera y dos canillas reales, nada menos.

Juro por los hábitos de San Pedro del bachiller Sansón Carrasco, respondió el doctor Recio, que todo lo que se está diciendo es la purísima verdad.

Soy pues del parecer, señor presidente, señores académicos, volvió á decir el Bachiller, que resarzamos á don Aureliano los perjuicios que ha recibido en esta sesión, y le consolemos cristianamente con enviarle por medio de otra embajada la calavera del rey Rodrígo.

Don Amelio del Toboso y don Mariano Montesinos fueron nombrados

para este nuevo encargo, y se levantó la sesión.

El Secretario,

TINACRIO EL SABIDOR.

NOTA DEL SECRETARIO.

Si alguien pensare que en las citas que se han hecho del discurso de don Aureliano Fernandez Guerra, las que van entre comillas, hay alguna alteración maliciosa, no tiene más que consultar el libro de discursos académicos que andan publicados en muy hermosa edición madrileña; y como halle el menor abuso, la menor infidelidad, tenga por nulo y de ningún valor lo que han dicho los señores de Tirteafuera.

ARTICULOS ESCOJIDOS

DE

JUAN MONTALVO



EL PADRE-LACHAISE.



Siendo como es el más natural y común, el de la muerte es el más gran trabajo, amigo mío: muere el estraño, muere el pariente, muere el hermano, muere la madre.... Todos ellos son felices; la desgracia es de los que les sobreviven. Ayer la viste en pleno

mundo, dueña de la salud, con vigor para treinta años, risueña y amable cuando te acariciaba: en sus ojos la luz, en sus labios la sonrisa, en su garganta el dulce sonido de la vida: hoy es de la eternidad esa buena madre tuya: tiene salud, pero es la de la gloria; su cuerpo no se mueve, su rostro no se contrae en los deliciosos gestos del cariño; sus ojos están cerrados; sus labios han perdido el color y no se esponjan con la corriente sangre; sus brazos caen inertes; sus manos, blancas y frías como el mármol, ni se abren, ni se cierran, ni te llaman con ese ademán tiernamente imperioso con que solía atraerte para sí. La nombras y no responde, la tocas y no se mueve: déjala; duerme su sueño eterno.

Si esta desgracia no tiene remedio, ¿por qué lloras? Cabalmente lloras, porque no tiene remedio, y ésto lo dijo ya otro desgraciado. Si algo pudiera consolarnos en estos casos, se-

rían las lágrimas de los que nos rodean; mas querer infundir consuelo con vanos raciocinios, es dura necedad, cuando la pesadumbre es toda nuestra vida; vemos para padecer, oímos para padecer, sentimos para padecer: entendimiento, sensibilidad, voluntad, todas nuestras facultades son elementos de dolor. Obligación sagrada es padecer: las lágrimas son un juramento que hemos prestado á la naturaleza humana. Muere tu hermano, llora; muere tu esposa, llora; muere tu madre, llora, llora mucho, amigo mío, no te canses de llorar. Génio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable, la madre rodea al hijo, le vé, le cuida, le defiende por todas partes: delegado de Dios, la madre penetra lo futuro; inspirada y santa pitonisa, adivina los males que han de sobrevenir á su descendiente: esa inquietud, esa palidez, esa amable impertinencia con que nos favorece cada día, todo es amor. Su

corazón es una fuente pura: bebamos en él para crecer sanos y virtuosos: su alma es un divino espejo; mirémonos en él para corregir nuestras deformidades. Si nos dejásemos alumbrar por élla, cuán claros resplandeceríamos! Si nos dejásemos inspirar por élla, cuán prudentes juzgaríamos! Si nos dejásemos guiar por élla, cuán rectos caminaríamos! No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de su hijo; no hay madre que no sea poderosa, cuando su hijo necesita de su protección: cada cual en su esfera, todas son eficaces, desde la pobre desvalida que en una puerta de calle tiene á su parvulito en los brazos, hasta la señora coronada que anda mostrando á los pueblos el heredero del trono, todas viven y obran para su hijo: la una mira con sus ojos de hambre al transeunte compasivo, que le echa un sueldo en el regazo; ya tiene pan para su hijo: la otra se pasea pomposamente en el imperio,

derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatías para su hijo. La madre, la madre para el hijo: ni el peligro le intimida, ni el sacrificio es superior á sus fuerzas, ni su ruina la contiene, si va á salvarle y hacerle un nuevo bien.

Entremos en el seno de donde salimos, y veamos hervir en él mil clases de opuestas sensaciones: si somos felices, el gozo, la satisfacción corren allí en abundantes ondas; si desgraciados, un torcedor exprime su corazón, una oscuridad profunda reina dentro de élla. Si somos buenos, cuán satisfecha se halla de nosotros, cómo se siente grande y majestuosa con habernos dado á luz; si malos, la humillación la empequeñece, el pesar la debilita, la zozobra la destruye, pero no deja de querernos. ¿Qué lazo es éste tan estrecho, tan fuerte, tan complicado, que ni la habilidad lo desata ni la espada lo rompe? Obra de Dios, al fin: el género humano redu-

cido á una sola persona, por medio de hilos y ligaduras misteriosas é invisibles, sin las cuales los hombres serían unidades nacidas para la infelicidad, sombras solitarias que anduvieran quejándose por las tinieblas del mundo. Si tu madre te quiere, agradécelo á Dios; él la hizo para quererte; si se sacrifica por tí, agradécelo á Dios; él la hizo para sacrificarse.

¿Quién te dió la leche de sus pechos? Tu madre. ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. ¿Quién vela á tu cabecera sin apartar de tí los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la frente con sus labios, quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. ¿Quién baña tus manos con sus lágrimas cuando, joven ya, no vas derecho; quién te salva con su llanto y sus amorosos ruegos? Tu madre. ¿Por quién vives sin la inquietud del día de mañana, satisfecho en el comer, aseado

en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente á los juveniles años? Por tu madre. Luego la madre es todo para el hijo: universo reducido, á la madre van á dar todos sus bienes, y su tierno corazón jamás deja de brotar para nosotros su raudal vivificante: bebemos de él, sin agradecerle muchas veces; nos hartamos de felicidad, sin caer en cuenta, y por lo mismo, sin merecerlo. Ella sí sabe muy bien lo que nos toca: sospecha nuestros descarríos, y nos aconseja; adivina nuestras penas, y se aflije: nuestras angustias, de ella son; nuestras desgracias, de ella son; nuestras vergüenzas, de ella son: nuestras virtudes, de ella; nuestros triunfos, de ella; nuestras felicidades, de ella. Su vida depende de nuestra suerte y de nuestra conducta; podemos prolongarla ó acortarla, según la tenemos complacida ó la quebrantamos con los extravíos y los males de la juventud. Pobre ente sensitivo y apasionado,

pequeñuela criatura, inerme hija de la naturaleza, si se trata de levantarte, es grande; si de atreverse, heróica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir.

¿No ves? el que no necesitaba padre ni madre, siendo como es el padre del universo; el que no había menester apoyo, porque es todopoderoso; el que no pedía lástima, porque es feliz, quiso tener madre, y la tuvo, como el emblema de la ternura, como la santidad del cielo encarnada en el mundo. Iba á huir, y quiso tener quien le siguiese; iba á padecer, y no le estuvo por demás quien compartiese con él los tormentos; iba á morir crucificado, y convenía una mujer que le llorase. Si su madre hubiera muerto primero, el Salvador hubiera llorado por ella: la tuya ha muerto, llórala tú, que no faltas á la entereza ni á la filosofía.

Filosofía! ¿Consiste por ventura en el entorpecimiento del corazón? Al que ahoga su sensibilidad no le llama-

ré filósofo, más antes miserable cínico que, pensando engrandecerse con el estoicismo, se embarra el alma y se mueve como un feo escarabajo. Si algo vale el hombre es por las afecciones, por esas afecciones elevadas y profundas que guían á la virtud. Yo no creo que Satanás haya sido arcángel alguna vez, sino cuando le veo llorar en el abismo; y esas lágrimas abrasadas que corren en silencio á lo largo de su rostro y le queman la barba, son quizás un título á la conmiseración de la Divinidad. El hombre que por filosofía permaneciese en perpetuo silencio, teniendo el uso de la palabra, sería un loco; el que en ningún caso llora, teniendo el uso de las lágrimas, es un ateo, no crée en la naturaleza, ni en el amor, ni en el dolor, en nada; y no crée en nada, porque nada siente: su corazón es insonoro, su alma es turbia, su pecho un terruño improductivo. ¿Éste se llama filósofo? No; la filosofía del corazón,

esa, esa es la verdadera: esa filosofía es húmida, esa filosofía es fragante, esa filosofía es suave, porque anda empapada en llanto; y es tan armoniosa, porque los suspiros vienen sonando en ella. Privar al género humano de su parte más noble, quitándole la sensibilidad, sopretexto de filosofía, es mutilar la obra de Dios. ¿Qué vale la inteligencia sin los afectos? Un hombre sin otra cosa que ingenio, yo lo hago con las manos, puesto que un autómata puede ser obra de cualquiera; una criatura sensible, tierna, de cuyo seno se desprendan el amor, la compasión, la generosidad, y salgan volando afuera como una bandada de ángeles, no puede ser sino habilidad de la naturaleza, por obra y gracia de Dios. El llorar es como el hablar, necesidad de la especie humana: carecer del órgano de las lágrimas, es ser mudo, con ese mutismo desprovisto de poesía que nos aleja de lo santo y nos arrastra á la materia.

No llores! te he dicho por ventura? Al contrario, dí rienda suelta á tu dolor, cuando al verme te tiraste de rodillas gimiendo desesperadamente. Sabías á qué iba yo; tu madre estaba en tu corazón, en tu memoria, á tus ojos, y sin pensar ni saber lo que hacías, te echaste por aquel suelo, como en presencia de un alto sacerdote: sacerdote, sí; sacerdote de la desgracia; he recibido las órdenes, y ejerzo mi ministerio de compadecer, y aliviar si puedo; de bendecir las virtudes y anatematizar el crimen y los vicios. La expresión del dolor verdadero es esa: el que quiere llorar santamente, llore de rodillas.

Y ELLA te veía: la tierra no se había aun apoderado de su cuerpo: á cuatro pasos de tí, entre cuatro hachas mortuorias, cubierta con un paño negro, se dejaba estar inmóvil: caídos los párpados, y viendo; torpe el oído, y oyendo; muerto el corazón, y sintiendo; sintiendo, viendo y oyendo de

allá muy alto á donde suben los justos, y aun los pecadores agraciados por el Juez Supremo. La madre no muere para el hijo: colgada de Dios, pide por él: sus miradas atraviesan la eternidad, y le vé en el mundo: su oído escucha atento: ni los ayes se le escapan, ni es sorda á las necesidades de los que, padeciendo por élla, alzan los ojos y la buscan en las regiones infinitas de la gloria.

El alma vuela allá; el cuerpo vuelve á la tierra: cuando llegue tu día, á *encontrarla* en la mansión divina. Polvo es el cuerpo, y con todo tiene su religión, la religión de la tumba; tiene su templo, el panteón; tiene su altar, el sepulcro; tiene sus peregrinos, los deudos, los amigos de los muertos. Yo gusto de ese peregrinaje: un paseo en el cementerio es una lección profunda de sabiduría. Allá voy, amigo; allí encuentro al género humano reunido, nivelado, en gobernación perfecta: silenciosos, obedien-

tes y ordenados todos: los que amaron: Abelardo y Eloisa;—los que fueron opulentos: Casimiro Périer, Laffitte;—los que cautivaron el mundo con su genio: Molière, Racine:—los que le deleitaron con el arte: Rachel, Talma;—los que padecieron: Eloisa otra vez, y todos los demás; porque el dolor es semilla del corazón, dote de la especie humana, al cual no es posible renunciar, ni en medio de las riquezas, cuyas voces no se deja de oír ni al estruendo de la música que nos hace bailar furiosos. Ora alces el harapo del mendigo, ora el púrpureo manto del potentado, allí verás en el centro del hombre un punto negro, que se dilata y se contrae según los vaivenes de la suerte. Pregunta al rey, señor de pueblos, que vive mandando y gozando á banderas desplegadas, obedecido de sus súbditos, amado por sus queridas, respetado por los otros príncipes; rico de hacienda, fuerte en poder, ilustre de nombre,

cuántos días ha sido feliz en toda su vida, y te responderá: Catorce! Pregunta á la mujer hermosa, que ha dominado en los corazones, ha hecho víctimas y esclavos, harta de riquezas y de pompa, contoneándose como un orgulloso cisne; pregúntale cuántos días ha sido verdaderamente dichosa, y te responderá: Cuatro! Los demás son de la inquietud, de la zozobra, de los temores, de los celos, del arrepentimiento, de las ambiciones, de la cólera, de la envidia, de las amarguras, del fastidio, del odio, y la mayor parte, de las enfermedades y el sueño. Conque ¿cuántos días se vive? Conque, viviendo, ¿cuántos días gozamos de felicidad acendrada? Grande, antigua y triste afirmación. Nadie puede llamarse feliz sino el día de la muerte..

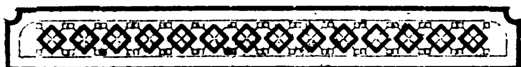
En realidad de verdad, si lloramos lloremos por los vivos: los difuntos, ah! los difuntos no padecen ya; la orfandad merece compasión de veras.

Pobre amigo, solo estás; pero yo ¿qué tengo? Acostumbrado á ella desde la infancia, apenas guardo memoria del paraíso; echado de esa, no por cierto cariñosa para mí, que se suele llamar patria, ando por el mundo sin saber cómo ni hasta cuando. Mas por ahora tu dolor es más sagrado: ¿quién se atreviera á hablar de sí á uno cuya madre murió ayer? ¡Santa llaga la del pecho corroído por esas lágrimas! ¡Santas lágrimas las que brotan de la piedad filial! ¡Santa piedad la que santifica á los padres! Una tumba está delante de tí: híncate, híncate otra vez.

Juan MONTALVO.

París, 20 *de Setiembre de* 1869.





EL SUR DE COLOMBIA.



Para los hombres de buena fé la verdad ofrece materia sobrada donde ejerciten la inteligencia y los sentimientos de su ánimo: no hay sino la malevolencia acompañada de escasez de ideas que tenga precisión de fingir, mentir y aun calumniar para lle-

10

var adelante una obra cualquiera, que si tiene por fin la burla y el descrédito de un pueblo, será mala obra: si la verdad rigurosa no es su esencia, mala obra será en todo caso; pero si un viajero se propone la difamación y el envilecimiento del país por donde ha pasado, ó del cual tiene noticia, ya no es tan solamente hombre de mala fé, sino también perverso. Cual más cual menos todos adolecemos del flaco de trasloar ó poner en las nubes, como dicen, ciertas naciones, con razón ó sin élla; y asímismo deprimir otras y tratarlas con vilipendio digno de censura. Harto se nos alcanza que los antiguos pueblos de Europa, Francia, verbigracia, ó Inglaterra, son acreedores á la admiración del mundo por sus luces y sus virtudes; pero alabar en ellos hasta lo indiferente, deificarlos hasta por sus vicios, como hacen ciertos viandantes de menor cuantía, es cosa que nos tiene ahitos, mucho más á los que sabemos cuales son los

objetos de esos encarecimientos tan irrazonables con que nos andan estomagando de día y de noche. Para ellos, el sol de Europa es el bueno; el de América, pobre esguízaro incapaz de fecundar la vista. Agua, la de París, esa turbia y lodosa del Sena; la pura y limpia, la saludable del Machángara, ó esos arroyos cristalinos que brotan de la virgen roca para vida y placer de nuestras ciudades, es inmundicia. Si los parisienses ó los hijos de la fosca Londres tuvieran los chorros espumosos, frescos y dulces que alimentan á Bogotá, Caracas, Lima y Quito, no desdeñaran, sin duda, el agua por el vino, y menos por ese néctar de los dioses plebeyos, que debajo de la espuma fanfarrona está ocultando el amargo lúpulo. Que los europeos van diez siglos adelante de nosotros en punto á ciencias y artes, no hay quien lo quite; ¡pero cuánto más grande, augusta, noble y bondadosa es la madre naturaleza con noso-

tros que con ellos! Y no obstante hay menguados que todo lo fiscalizan, para quienes ni la luz es cosa buena en la América latina. Mas para levantarnos este auto cabeza de proceso, necesitan forjar un mundo de falsedades absolutas, al mismo tiempo que escatiman las verdades. De este insano prurito, no muy perjudicial por cierto, nos resarcen viajeros altamente autorizados, como el barón de Humboltd, Boussingault, Bonpland y otros hombres supereminentes para quienes sabiduría es divinidad que no puede vivir junto con la impostura. Que una vieja extravagante, como esa que fué á publicar en Alemania que en las ciudades de la América del Sur no usaban las familias sino una cuchara para todos los individuos de la mesa, difunda ruines paparruchas, está bien: á falta de talento é instrucción, vengan las monadas del titiritero: quien de la contemplación de la naturaleza no saca materia sublime de

grandes obras, y en la observación de las costumbres no halla moral ni filosofía á las cuales dar grandioso explayamiento, por fuerza ha de echar mano de estas ridículas trapazas, las cuales no envilecen sino á sus autores. Los viajes del conde de Gabriac, por ejemplo, en nada nos han perjudicado: hoy que tantos hijos de Europa están en vaivén perpétuo del viejo al nuevo mundo, es necedad hablar de nosotros como de los aduares miserables del centro del Africa: viendo nos están en Europa por medio de la fotografía, oyéndonos por medio del telégrafo, palpándonos en sus exposiciones universales: Gabriac y los de esa escuela de difamación gratuita pasan por impostores con sus viajes, y las repúblicas de nuestro Continente se van abriendo camino hácia la civilización, á despecho de sus detractores obstinados ó gratuitos enemigos.

Enemigos de Sud-América, ninguno como los sud-americanos: los más

bárbaros fiscales de cada país, sus propios hijos. ¡Yo que he visto un ministro plenipotenciario el pañuelo atado á las narices por las calles principales de Quito, tales cuales las puso García Moreno, limpias como una concha de nácar! Decía el impertinente que no era posible que un hombre culto anduviese por ese muladar sin caerse muerto; y cada día estamos leyendo en los periódicos de su patria que las epidemias, las pestes de que es víctima continua la capital, todas son provenientes del excesivo descuido de sus moradores y la policía... Mas esa delicada criatura diplomática no podía vivir en Quito sin un candado en las narices, siendo como es de la liga con Madama Pfeiffer y el conde de Gabriac. Ese mismo andaba dado al diablo todos los dias con decir que el polvo de la atmósfera le echaba á perder el reloj y la luz acre y ponzoñosa le corroía los ojos; cuando es sabido que Humboldt cita la at-

mósfera, el firmamento y la luz de Quito como los más adecuados del mundo para un gran observatorio astronómico, por lo suave, lo puro y transparente. "Qué país....qué país ....qué país de bárbaros!" entraba exclamando á su casa; no puede uno conseguir una mariposa en esta ciudad de esclavos! Aficionado á cierto ramo de la historia natural, andaba á caza de mariposas en las calles y las tiendas, y se le metía el demonio en el cuerpo de no hallarlas á su gusto y satisfacción. Mariposas, las hay en Quito, de muy bellos colores.....de esas que les chupan la sangre á los bobos, y les envían contentísimos, como las doncellas de la madre Celestina. Las otras mariposas, era preciso que el naturalista saliese al monte á buscarlas y cogellas en trampa de perro.

De esos impostores, los hay en todas partes: los granadinos han pecado, es cierto, por exceso de malevo-

lencia respecto del Ecuador; pero desde el sabio Caldas, ¿cuántos hombres de buena fé, hombres de verdadera importancia no le han hecho justicia á este pueblo realmente fraternal para con ellos? Don José Rufino Cuervo en una carta, me dijo que el señor Cuervo, su padre, con conocimiento de causa, había sido apasionado al Ecuador; y nos consta la mansedumbre con que muchos hombres notables de Neo-Colombia se expresan á cerca de los ecuatorianos, hermanos suyos apesar del Carchi, bondadoso riachuelo que en ninguna manera se opone á la correspondencia que debe reinar entre hijos de una madre. Cansados estamos de este flujo de difamación y denigramiento que echa á perder muchas virtudes en ciertos hombres de recomendable inteligencia: á título de viajes, muchas quimeras forjan, y muchas imposturas difunden ciertos necios para quienes no hay sal sino en la burla, ni recomendación si-

no en el injusto rigor con que juzgan á los pueblos.

El Sur de Colombia ha sido el blanco de la murmuración los últimos años: con harto dolor hemos visto las opiniones con las cuales un hombre, de menguada conciencia sin duda, ha relegado á la barbarie á los pueblos fronterizos del Ecuador, juzgándolos como á impulsos de la venganza; venganza, de males que no ha recibido probablemente, y quién sabe si de bienes que le hicieron en esos hospitalarios pueblos. Popayán no necesita de defensa: basta decir que el Estado del cual es cabeza pasa por el primero de la Federación, y que esa ilustre ciudad ha sido cuna de los varones más eminentes de la Nueva Granada: en las ciencias, Caldas: en la Iglesia, Mosquera, el gran obispo: en las armas, su hermano don Tomás: en la elocuencia, la poesía, Julio Arboleda: mucho es para población de tan estrechos límites. El Cauca es la

tierra de la inteligencia y el valor: si Dios quiere favorecerla con la paz algún día, será una de las comarcas más felices de la América meridional.

Entre el Juanambú y el Guáitara se dilata una altiplanicie elevadísima, donde la naturaleza en alegría perpétua está enseñando sus galas al mundo y sonriendo de su propia hermosura. La verde campiña no reconoce términos: cubierta de la grama suculenta, el trébol delicado y mil otras yerbas nutritivas, ofrece querencia para tantos ganados como están hirviendo en las Pampas de Buenos Aires ó en los Llanos de Venezuela. El agua abunda: cristalina, inquieta, ora vuela en riachuelos espumosos por entre blancos guijos, ora en arroyos que se cruzan formando mil sonoros laberintos. El calor deletéreo es desconocido, el frío entumecedor no tiene allí cabida. El aire es purísimo, la atmósfera diáfana, la vóbeda celeste dilatada y generosa. En este país vive un

pueblo, que por la rareza de su carácter, por sus virtudes y sus defectos se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto, nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo en Sud-América pudiera recordarnos á la antigua Esparta, éste sería, sin duda: rasgos hay en sus costumbres, su complexión, que en verdad nos recuerdan á Lacedemonia. En una de las incursiones que los pastusos hicieron á los municipios del Sur, hallándome yo en Ipiales, tuve ocasión de ver cosas no nada comunes. Un día un mozo muy bien apersonado se presentó en la plaza, y cuadrándose ante su coronel: "Mi jefe, mi madre me dijo: Si hasta el 15 de tal mes no has muerto, vuélvete. Hoy es 15 de ese mes: mañana me voy, porque no puedo desobedecer á mi madre". Muchacho! gritó el coronel. El soldado giró militarmente sobre los talones, y se metió al cuartel. Al otro día, su mochila á cuestas, su chopo al hom-

bro, de día claro y con sol, tomó el camino en las manos y se fué, sin que nadie le dijese nada.

El pastuso vive en tienda: es de ver con la curiosidad belicosa que van saliendo al menor susurro de expedición ó guerra: la oreja parada, el ojo avizor, ¿á dónde nos vamos? se interrogan mutuamente; y si alguno está perezoso, su madre le sacude, le arrastra afuera, y le dice: A pelear, jaragán! Pueblo eminentemente guerrero: en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador. Pasto es el Norte, fragua de hombres fuertes: sobrio el pastuso, vigoroso, ni le rinde la fatiga, ni le retrae el miedo: un puñado de habas tostadas, un cuscurro de panela son sus provisiones: con esto anda como gigante, se come distancias enormes cada día, entra pueblos enemigos por fuerza de armas, y por la noche, cuando debiera buscar descanso, toma su tiple ó bandolín, y sale al jacareo, haciendo temblar maridos des-

de la calle con blandos, expresivos enamoramientos á las mujeres.

Cuando se da al trabajo por falta de guerra, el pastuso trabaja como un centauro: sus fuerzas no flaquean jamás, su ánimo está en su punto si la tarea dura veinticuatro horas. Son los *cascarilleros* de Colombia y el Ecuador: con el machete en la mano, no hay breña para él que no sea camino real: mueren víboras, huyen fieras, caen á sus piés árboles corpulentos. El pastuso es lo que llamamos todo un hombre.

Su persona moral es también extraordinaria: tán firmes en sus opiniones, tán leales á su partido, que áun hay en Pasto ancianos que en la menor ocasión salen á la plaza, echan el sombrero al aire y gritan: Viva el rey! viva nuestro muy amado Fernando VII! En los Recuerdos del coronel Manuel Antonio López se halla un ejemplo de heroismo casi increible: entre los pastusos que los co-

lombianos llevaban al Perú atados de dos en dos, á combatir por la emancipación de ese pueblo, al pasar por un derrumbe, uno de esos libertadores á viva fuerza, hirguiéndose, dijo: Antes irme á los infiernos que pelear por la república! y arrastrando á su compañero, se echa de cabeza en el abismo. Toque de gran carácter. El tiempo y el sabor de la libertad les han vuelto republicanos de convicción á los pastusos: en cuanto á su firmeza, no la han desmentido: los conservadores se irían á los infiernos antes que pelear contra los suyos; los liberales dejarían de irse al cielo, como no les obligasen á hacer armas contra su bandera. La tenacidad y el valor no han flaqueado tampoco en ellos: hechos hay en las guerras civiles de Colombia que sólo grandes historiadores necesitan para que se vuelva célebre este pueblo. Pedro Marcos de la Rosa haciendo cara en Silvia con 300 hombres al famoso caudillo Julio Arboleda que le em-

biste con 800 tigres, es un héroe: juicio recto, disposición militar, serenidad, valor inaudito, tesón, nada le falta. Se rehusa á las proposiciones del enemigo, se apareja al asalto, le mata cuatrocientos hombres, le saca en derrota, le sigue el alcance, le destruye. Si estas, en pequeño, no son acciones grandes, no hay cuales valgan.

Las mujeres por su parte son dechados de mil virtudes. He oído en Colombia que para esposa, la pastusa: leal, constante, su adhesión no se detiene ni ante el sacrificio. En cuanto á las labores propias de su sexo, para la pastusa no hay punto de tiempo perdido: si el hombre descansa, ella toma sobre sí el trabajo de los dos: á todo atiende, todo lo hace, sin descuidar la crianza de sus hijos, y los cría de tal modo que forma varones fuertes. Estas mujeres pueden responder lo que Gorgo, madre de Leonidas, á la que le afeaba el predominio de las espartanas sobre los hombres.

Sí, nosotras les mandamos, porque sabemos criarlos.

A pueblo como éste, tan lleno de virtudes, bien se le pueden disimular algunas faltas: andar averiguando los menores desvíos, para ir luego á calificarlos de bárbaros, no es del filósofo que sabe poner en su punto las cosas, ni del viajero cuyo encargo es sacar á la luz del mundo los merecimientos de las naciones, sin hacer hincapié sólo en sus defectos.

Túquerres, pueblo que el malévolo anónimo ha calificado tan cruelmente, es pueblo laborioso, vigoroso: parece que el frescor vivificante de la Cordillera, la pureza del aire y la sobriedad les comunican á estas poblaciones el brío y la resistencia que les vuelven superiores á cualquier trabajo: ver á los túquerres subir esas escaleras de piedra, pasar esas vigas enjabonadas de los sumideros, dar esos saltos maravillosos por los barrancos de la montaña de Barbacoas, y esto

con un quintal de peso á las espaldas, cosa es que llena de asombro. Estos hombres–hércules, semidioses del trabajo, para tánta labor, tánto sudor, quién lo creyera, no cargan sino un puñado de *aco* ó polvo de cebada, que se lo beben disuelto en agua por toda alimentación durante nueve días; y llegan frescos á la tierra del oro, y se vuelven al otro día con cinco arrobas de sal á cuestas. Uno que, como yo, se ha visto salvar la vida cuarenta veces por uno de esos túquerres providenciales, no puede menos que profesar singular cariño á esa buena, socorrida gente. Un gigante de esos, primero se haría pedazos que consentir el menor contratiempo al que lleva sobre sus hombros; á menos que este sea un tacaño despreciable á quien adrede zampa de cabeza en el lodo. Tratábanme de pródigo los otros viajeros, y me acusaban de extragador de las costumbres montañeses, porque sobre los tristes diez pesos que gana

un *sillero* en ocho ó nueve días de camino, en regalos y adehalas les daba yo quince ó veinte más. Pero yo, en cinco veces que he pasado por ese hermoso infierno, he quedado siempre con vergüenza y tristeza de no poder hacer nada por mi salvador de cada minuto. Carne, pan, vino, eso sí, más para él que para mí. Un famoso *sillero* de esos contornos lo desnucó seis veces á un hombre grande que llevaba á las espaldas, porque habiéndole pedido en la fuerza de la sed medio real para *guarapo*, *el ilustre proscrito* le puso el revólver en la oreja. Enérgico el jurisconsulto que en sus escritos decía: "la testiga", y muy valiente con el hombre infeliz que le iba sirviendo de caballo! Los túquerres, por la mayor parte, hacen ese terrible comercio de Barbacoas, la proveen, les dan de vivir, digamos así, á los ricos orellanos del Telembí, río el más bello quizá que abrigan las selvas ignoradas del nuevo mundo. Un

barranco altísimo que parece muralla del jardín de las Hespérides, le tiene á raya por el frente de la ciudad; barranco que es una peña viva de esmeralda, por el verde profundo de las mil plantas que lo cubren. Por tomar un baño en esta caudalosa vena de los bosques, las náyades de Elfe dejaran sus grutas y pasaran de mundo á mundo en encantado viaje. El pueblo á cuyas plantas corre manso el Telembí está lleno de gente principal que profesa benevolencia y cortesía con los extranjeros: comerciantes y mineros opulentos, no conocen la agricultura; mas á fuerza de oro tienen cuanto ha menester el hombre civilizado. Allá van á dar los hijos de la Sierra con los esquilmos de sus labranzas, y se vuelven con los vestidos y los adornos de sus esposas y sus hijos. Trabajan, pues, para vivir, y no son esos pueblos *atarazanos*, como dicen los canallas que por ventura comieron gratis el pan de la fraternidad. La parte flori-

da del municipio del cual veníamos tratando se compone de jóvenes llenos de inteligencia y pundonor, para quienes patriotismo es religión que aprenden desde niños, y guerra cosa natural en ellos. En una derrota ó retirada que los túquerres hicieron á Ipiales retrayéndose de los pastusos, entre los jóvenes liberales que andaban militando, estaba uno de altas prendas físicas y morales: uno como Termosíris militar, por la sublime barba que en negro torrente le bañaba el pecho. Termosíris joven que nada tenía de sacerdote sino la fé en sus principios. Recostado con magestad en la sala de su hermano, nada decía por su parte en medio de un hervidero de muchachos locuaces para quienes eran asunto de conversación todas las materias: guerra, amor, aventuras de cualquier linaje. Cuando hube entrado, el jefe se puso en pié, y todos guardaron silencio. Al otro día, vuelven á la carga: el pueblo era una con-

fusión el rato de la partida: por la noche vino un derrotado gritando por las calles: "Murió Pepe Cerón!" Pobrecito....su silencio, su melancolía, habían sido tristes presagios. Murió en el campo de batalla, murió como bueno; y si todo fué perdido para su bandera, la honra quedó salva.

Podría yo ser imputado de parcialidad al hablar de Ipiales, si todos supieran el cariño profundo que abrigo por este pueblo; mas como apesar de mis afecciones no soy sino extranjero para él, nadie me sindicará de juez y parte, ni mis honrosas memorias merecerán la tacha de vanos encarecimientos. Bajo cielo tan grande, pintoresco y hermoso como el que cobija ese fresco valle de los Andes, no era posible viviese el pueblo mal intencionado y ruín que dicen los bribones para quienes perversidad y difamación son únicos elementos de ingenio. Los que no conocen ciertas comarcas de Sud-América suelen alabar extraordi-

nariamente el cielo de Nápoles, el de Grecia, y el de ciertas provincias de la península ibérica; pero ¿qué es el firmamento de allí para con esta vóbeda sublime donde el Todopoderoso se dilata por el universo, ostentando su pureza en el azul transparente casi perdido en la inmensa altura; su resplandor, en la luz imperturbable que llena esos ámbitos infinitos; su inocencia, en la blancura de las nubes amontonadas sobre el horizonte; sus colores, en los arreboles increibles que se forman á la puesta del sol? Fenómenos tan extraordinarios se presentan en el cielo de esa alta tierra, que no estando él allí para que vayan á verle los dudosos, con pena me abstendría yo en describillo. En ciertos meses del año, eso es realmente un milagro: el sol se ha hundido tras el Cumbal, dejando encendida la nieve de esta montaña: las torres de Jerúsalén, los templos de Balbec, los palacios de Nínive, las murallas de Babilonia, todo está

allí sobre ese horizonte en hacinamientos maravillosos, variando de colores, conforme la luz vespertina va menguando hasta dejar el campo á la noche. Pero ántes que esta negra señora de la mitad del tiempo se apodere del mundo, ¡qué portento es ese que mira arriba el que no lleva la vista clavada en el suelo! Unas veces las regiones occidentales son un mar de violado purísimo, por el cual está navegando un ángel escondido en una nubecilla de color de rosa, y alaba al Criador en ese cántico sin voz que no oye sino el alma ahijada con la soledad y la naturaleza. Otras, un abanico giganteseo, el vértice en el horizonte, se abre por el firmamento en plumas de diferentes colores que alcanzan el cénit con el extremo. Oiga usted, Semblantes, le dije una vez á mi compañero de destierro, mirando á la vóbeda celeste; si yo escribiera que he visto nubes verdes, ¿me creerían? Por decirlo usted, quizá; pero

realmente es increible lo que estamos viendo. Un pavo real apocalíptico, oculto el cuerpo tras la Sierra, había desplegado la cola y la tenía explayada sobre el cielo: los colores del arco íris, en confuso desorden, todos estaban allí sobre un fondo blanquecino, imposible de presentarse á la imaginación si no pasa por la vista. Elefantes sin cabeza, dragones desmesurados, águilas en actitud de alzar el vuelo, esfinges inmóviles, endríagos portentosos, vestiglos de bellas formas, toda clase de figuras, figuras grandes, en proporción de ese teatro, están allí dando idea de un mundo fantástico superior al que habitamos. En ninguna parte del mundo las nubes toman lineamientos más extravagantes y grandiosos: ese es un espejismo elevado donde vemos impresos los prodigios de las ciudades muertas y los bosques impenetrables. Nunca se me olvida un toque sombrío de ese cuadro deslumbrador: el casti-

llo de Santo Angel, oscuro y zahareño, se alzaba todas las tardes sobre el horizonte á corta distancia del ocaso. Era un nubarrón enorme, cilíndrico, truncado, igual en un todo al que he visto cerca de San Pedro en Roma. Este mónstruo nunca tomaba parte en la luz de sus vecinos: pálido unas veces, otras casi negro, no quería desmentir su condición de sepulcro ni de fortaleza. El castillo de Santo Angel, como yo lo llamaba para mí, era la figura preponderante de ese cuadro diario. Unas veces en mi balcón, dueño de la Cordillera y el mundo con la vista; otras sentado sobre un barranco del camino, lejos, muy lejos del pueblo, veía, oía y palpaba esas celestes epopeyas. Probable es que los hijos de esa comarca no den noticia de éllas: no á todos les es dado el don de soledad, melancolía y contemplación del universo.

Debajo de este cielo la tierra no puede ser mezquina: una sola alfom-

bra lo cubre por muchas leguas: donde la huebra pasa, queda solamente interrumpida la verdura de esa feliz campiña: mil colinas, oteros, dunas de tierra alta le comunican ese aspecto de vaivén ó sube-y-baja que es el embeleso de la vista. Esas lomitas que parecen desaforadas esmeraldas; esas laderas cubiertas de flores silvestres que brotan de la yerba; esos barrancos del río donde mil arbustos corrimbulosos forman inestricables embolismos; todo, todo le da semblante hermoso á ese país en el cual he pasado los cuatro años de mi vida, los más tristes quizá, pero ajena de zozobras, disgustos y quebrantos, y una con esas delicadas afecciones de dolor angélico y alegría incomprensible, que son adminículos indispensables de la poesía del corazón. La gente, suave y hospitalaria como no la podemos hallar en otra parte: el que en cinco años no ha tenido motivo de queja chico ni grande, que se ha visto rodea-

do de respeto y miramientos, con justicia abriga buena opinión de ese pueblo tan desfigurado en boca de mentirosos, tan calumniado por transeuntes sin gratitud ni benevolencia.

Un día, con la bolsa escueta, no sabía yo qué hacerme: pedir fiado, cosa dura: dejar de comer, imposible: echo mano por un lindo reloj que conservaba como prenda y recuerdo, más que como utensilio necesario. Esa joya, consérvela usted, me mandó decir el sugeto á quien le había hecho proponer me lo comprase; amigos, le sobrarán en cualquier caso. Y junto con este recado, cien pesos fuertes. No es culpa de él si yo insistí en vender primero que hacer un préstamo, pudiéndolo evitar. Pero, digo yo, rasgos como este, ¿no ennoblecen altamente á un pueblo? Ramón Cerón, Ramón y Roberto Rosero son amigos que me harían querer á su país, áun cuando todos sus otros habitantes no me hubieran sido tan favorables como

me han sido. Si otros ecuatorianos han salido á palos, la culpa se tienen ellos. Las leyes de Atenas castigaban con pena de muerte al extranjero que usurpaba el derecho de soberanía: vayan á meterse los enviados de García Moreno en la cosa más delicada para los granadinos, sus elecciones, y con razón les han de moler, como los yangüeses á don Quijote. A mí, si alguna persona me ha querido en este pueblo, no sé; pero sí sé que todos me han honrado con sus consideraciones. El extranjero es acreedor á las del lugar donde se encuentra: al que se desmanda, justo es se le reprima, y áun se le castigue. Para vivir, basta con el respeto de nuestros semejantes; el amor es afección difícil de hombre á hombre: si alguna persona me ha querido, pues, en la Nueva Granada, yo quiero que sea granadina y no granadino.

Con cuánto gusto me volviera yo á esa vida sin política, sin odios, sin

mortales zozobras, sin venganzas, sin iras, sin peligro de ser asesinado á la vuelta de una esquina, como don Vicente Piedrahita! Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano. Tanta predicación, tantas ideas defendidas, tantos corazones encendidos, tantas voluntades ganadas, tantos furores benditos, tanta guerra, tantas mudanzas, para venir á parar en manos de este hermoso don Ignacio Orleans de Borbón, que á fuerza de nobleza de sangre y de comportamiento está aplebeyando tan lastimosamente la República! Una gran ciudad ó un desierto exclamaba Chateaubriand: ya que no puedo irme á Londres ó á París, estoy buscando con la vista hácia cual lado hallo un monte, una selva recóndita que me reciba como ermitaño, y sea la Tebaida de este San Jerónimo de la política. Pero doy con una dificultad insupera-

ble, y es que no tengo barba; y sin barba rusia de á dos tercias, ¡qué ermitaño del diablo ha de haber!

Majagranzas ha habido que venga y me pregunte á quemaropa: La gente de Ipiales dizque son especie de antropófagos que comen crudo? Cierto, los niños de la plebe comen la haba tierna cruda. Franceses, alemanes, italianos comen rábanos crudos: mil yerbas hay que las comen crudas, y hasta pescados que no pasan por el fuego: son bárbaros por esto esos europeos? Los ingleses comen carne cruda, chorreando sangre: son salvajes por esto? Granito suave, lechoso, dulce como es el haba tierna, yo me lo comiera crudo, y se me diera una chita que un tonto me llamase hereje. El desayuno de un famoso obispo cuyo nombre todos hemos oido, son doce huevos crudos; y nadie le tiene por raposa, sino por hombre muy ilustrado y católico. En varias materias son cultos los hijos de Ipiales, en to-

das decentes, y en muchas más son buenos, sumamente buenos. Mujeres hay que pudieran servir de modelo en ciudades ilustres, ora por las virtudes, ora por la maña y la delicadeza con que gobiernan su casa. En cuanto á las señoritas, puesto que ya no puedo hacerme ermitaño, diré que en pueblo tan corto no puede darse mayor número de mujeres donosas, bien traidas y agraciadas: ¡y qué colores! ellas no van á comprarle fea hermosura al ruín bismuto ni al puerco albayalde, como en mala hora hacen las hijas de las grandes ciudades, y áun de las pequeñas...... con los dones naturales tienen de sobra; y para volverle el juicio á un pecador, no tienen sino alzar sobre él esos ojos grandes, negros, cargados de inocencia y esperanza.

A ruego de quien no tenía derecho ni autoridad para llamarlos, vinieron los colombianos: mi deber como hijo del Ecuador era censurar paso tan in-

debido. A los que en semejante escabrosidad me han visto sacar el caballo limpio, les cumplía alabar mi comedimiento, antes que abrumarme con injurias. Ciertamente, el haberme dado maña en vindicar á los colombianos de las acusaciones privadas que les hacían, al propio tiempo que les ponía en calzas prietas respecto del punto esencial, gracia era que, si ellos cargaran la consideración al centro de las cosas, hubieran apreciado debidamente. Cuando los franceses invadieron la Alemania reinando Luis décimo cuarto, no dejaron ni clavo ni estaca en la pared: violaron hasta los sepulcros, saquearon los esqueletos de los reyes. Vinieron á su vez los alemanes á Francia, y se la cobraron con las setenas; no les dejaron ni el blanco del ojo á los vencidos. Pensión es esta común al género humano: por eso la guerra es ley bárbara y terrible; por eso la invasión, á cualquier título, es desvío de los que la hacen,

desgracia de los que la sufren. Para atenuar las faltas de los colombianos en el Ecuador, yo hice ese recuerdo á las naciones más civilizadas del mundo; y no por esto han sido algunos colombianos más rectos y justos conmigo. No he contestado, ni he leido, sus agravios: ahora que de nuevo se me ofrece la ocasión, les hago ver que no es resentimiento ni rencor lo que abrigo en mi pecho, sino amistad y cariño por ellos. Cuando *Le Courrier des Etats-Unis*, célebre periódico de Nueva York, se desdijo á mi reclamo de las horribles imputaciones que había hecho á la nación colombiana, añadió: "Suplicamos al señor Montalvo "considere que nuestro juicio respec-"to de Colombia lo hemos formado "en los periódicos de Colombia y los "informes que de allí vienen". El que ha alcanzado este triunfo en favor de Colombia, no merecía que escritores colombianos de nota le llamasen *detractor de Colombia*. Habrá otro

hombre mal informado y mal intencionado que me llame *detractor* por esta nueva obra? Todo puede ser; mas esto no hará cambiar en lo mínimo los sentimientos de mi ánimo respecto de pueblo cuyas faltas quisiera corregir fraternalmente, y cuyas virtudes me admiran y cautivan.

Juan **MONTALVO.**

Ambato á 6 *de Enero de* 1879.

EN LA MUERTE DE MONTALVO.

AL CHIMBORAZO.

Aquí á tu sombra, gigantesco Monte,
En religiosa soledad, la sombra
De otro Gigante evoco.... Chimborazo,
Dónde tu hermano está, dó ese portento,
Raro primor del índico horizonte

Y unido á tí con esplendente lazo?
Cual tú, del firmamento
Él, el sagrado ritmo sorprendía;
Y cual tú, su cabeza, allá en las nubes,
Inmortales fulgores despedía.
¿En dónde ahora, en dónde?
Sorda la eternidad al hondo grito
De una alma sin consuelo no responde?

La eternidad!....acento pavoroso
Que la mente conturba y anonada,
Cual subterráneo trueno
De arcanos mil y de terrores lleno;
La eternidad!....abismo tenebroso
Del sér y del no sér: ¿la inmensa nada
Es aquello ó el todo, que á su seno
Por vértigo profundo arrebatada
Corre la humanidad; y vil escoria
Y oro puro en él hunde,
Y crimen y virtud, infamia y gloria
En sus entrañas lóbregas confunde?

La eternidad!....y á su callada sombra,
Reposa hoy, Monte, tu trasunto.... El alma,
Como tú, no se siente sublimada
Cuando MONTALVO, meditando nombra?
MONTALVO!...esto es, la luz que de improviso
De tinieblas un caos ilumina;
La excelsa voz que de la tumba saca
Un cadáver ya fétido. Y divina
Entonación, y vida, y movimiento

Dándole prodigioso,
Al sol le vuelve, á la virtud, al alto
Nivel de pueblo libre.... ¡Y tal portento,
Menos vivaz que tú, Monte pasmoso,
Asoma, resplandece,
Y cual súbito lampo desparece!

Era ya hora! Este mezquino suelo,
Qué hechizos para él? Con excelencia
Cumplido su destino, otra su patria,
Ya en la tierra, qué objeto su existencia?
A otra por eso tiende. En la infinita
Grandeza hoy engolfado,
Pondrá el oído á la blasfema grita
Del inicuo, del vil? Su alma, prendida
En el amor divino, ya es ajena
De los afectos y pasiones ruines,
Que yugo son y afrenta de la vida.
Los plácidos abismos
Que cielo y gloria el hombre en su lenguaje
Insuficiente llama, de belleza
Son y de amor depósitos inmensos.
Allí no se aborrece. La fiereza
Brutal que nos domina,
En santa mansedumbre
Truécase al punto, que elevada el alma
Se ve absorvida en la infinita Lumbre.
Allí no se aborrece: del perverso
No allí la lengua cual virtud pregona
El asqueroso crimen; no el malvado
Da allí la ley, y triunfa, y se corona.

Sí, yo lo ví: tirano formidable
Bajo su férrea planta
De la patria oprimía la garganta.
Qué á su antojo resiste? horrible, fiera
Por alma alimentaba una pantera.
Quien á su yugo la cerviz no dobla,
Al cadalso, al panóptico, á la playa
Lejana, en donde de terror desmaya
O muere la virtud. En él su atleta
Lo pasado miró, y sobrecojido
De espanto tembló él mismo: á derrocarlo
Empero ved cuál surje ese Gigante
Que simboliza el porvenir; extraña
Mezcla de aurora y tempestad, el genio
En sus sienes irradia centellante.
Sí, él es, él es, sublime Chimborazo,
La obra mimada del excelso brazo,
Quien, como tú, sereno, inquebrantable
Derribará á sus pies al Formidable.

Montalvo, él es!....aquél que ni á la cuna
Ni al acaso debió ni á la fortuna
La más leve sonrisa; mas la espada
De la Razón es su palabra; el estro
Arde vivaz en su fecunda idea
Y la luz de lo justo en su mirada.
Por eso audaz, inerme,
Las iras desafía
Del mal que en el poder seguro duerme;
Del mal que en la ignorancia, el servilismo
Encarnado vivía,

Y eternizar su imperio pretendía.
Será dudoso el éxito?.... Desdicha
De la humana flaqueza! Si de *patria*
El dulce nombre, en uno y otro bando,
Armónico resuena,
Por qué el furor los ámbitos atruena
De este suelo infeliz? por qué el lamento
Y la muerte doquier? Torvo, obcecado
De la protervia el paladín, violento
Resiste con ardor, dobla sus iras;
En lo imposible, en lo infernal se empeña,
En estancar la humanidad, la lumbre
Del progreso en matar, y desgraciado,
De un abismo á otro abismo se despeña.
Venció la luz! Del Porvenir el Hombre
Graba ese triunfo con su augusto nombre.
Su diestra poderosa
Sobre el dragón tendida,
En un instante una Babel de males
Destruye bendecida;
Y en la zona de Olmedo y de Morales
Brotan los humeantes
Negros escombros la celeste llama
De Libertad, que Libertad aclama!

Ah, si impasible como tú, oh Montaña,
Dable fuese al mortal, de la tormenta,
Del huracán la saña
Inmune provocar! Ruda, violenta
También á tí de súbito te azota;
Brama feroz, retumba; deshacerte

Parece que es su empeño, pues de muerte
Te cubre y lobreguez. Pero imponente
Yergues la faz, respiras....y el estrago
Qué fué y la tempestad? Más sonriente
De luz más pura en insondable lago,
Bañas tu rostro; y majestuoso, eterno
Ni huella muestras del airado invierno.
No así el mísero humano:
Vencido ó vencedor, cuánta amargura
De la fatal pelea! ¿No es hermano
Del que con sangre su derrota marca
El que á vivar su triunfo se apresura?
¡E infortunio más hondo y espantable:
Escrito está cual ley inexorable
Que sólo combatiendo
La pobre humanidad ha de ir creciendo!

¡Cuál tu patria estuviera
Excelso Monte, si atronante, fiera
Una estentórea voz, de sur á norte,
No resonara; y dignidad y vida
Clamara á una Nación desfallecida!
¡Cuál estuviera, sí, si al pensamiento
Aquella voz el fuego no volviera
Y al verbo su eficacia indefinida!
Y en qué frase, Dios santo, en qué atavío,
Jamás soñado en la región andina,
Y en qué melifluos quiebros: de ese río
De majestuosas aguas, qué divina
Sublime diapasón! río profundo,
Que de remota edad desde las fuentes

Hasta de ayer los ricos manantiales,
De alta sabiduría los caudales
Ufano, altivo ostenta refulgentes.
Sí, un Genio, un Genio fué! ¿Faltóle acaso
Ni el distintivo signo, la punzante
Ignea, fatal corona
Con que el mundo á los Genios galardona?

Oh, cuántas veces, á la luz sombría
De helada tarde, en la inmortal Lutecia,
Sangrando el corazón, turbios los ojos,
A tí se volvería,
Oh monte, que al nombrarte
La dulce patria y la beldad recuerdas
De nuestro cielo encantador! De abrojos
Fué del Héroe el sendero; hiel y acíbar
Halló en su negro pan y en su bebida:
Y grande, ancha, profunda
Llevó consigo la incurable herida
Que ingratitud y ceguedad á una
Abrieron en su pecho. La fortuna,
Si esclava ruin del torpe y el osado,
No es de quien la merece:
Tu hermosura y grandor, fúlgido Monte,
El ostentar aquí no te entristece?
Alma de griego, corazón romano
O de Bolívar digno compañero,
Tal fué MONTALVO, el prócer que aturdido
No en su tiempo nació, ni bajo el cielo
Que cumplía á este asombro americano.

Roma nombré y Junín?....á tu mirada
Oh Monte, el alma se engrandece, y nada
Bajo ó mezquino piensa;
Ni cómo, si á tu sombra
Se halla embebida en otra sombra inmensa?
Junín, Pichincha, el inmortal Parnaso,
El Olimpo, el Tabor, el Capitolio......
A esta armonía y bajo el claro solio
Donde esplende tu faz, oh Chimborazo,
Si al aire doy tan atronantes nombres,
Cual BOLÍVAR; MONTALVO....
¿Habrá quien dude que en los altos montes,
Así como en la mar, en las estrellas,
También de una alma excelsa en los fulgores
Vemos de Dios las pasmadoras huellas?....

Huella de Dios, MONTALVO!...de la oscura
Helada soledad de los sepulcros,
Más refulgente surje y atronante
Del Genio la hermosura.
Llena la tuya de Colón el mundo;
Y orgullosa la Patria, á sus hermanas
Otro inmortal ostenta entre sus hijos:
Eres su timbre tú; y es tu suprema
Gloria el haber tu nombre convertido
De sus augustas sienes en diadema.

1889.

A. Moncayo.

FÉ DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
35	18	como	cómo
36	21	como	cómo
39	6	Garcilazo	Garcilaso
39	8	mas	más
40	5	Aurelieno	Aureliano
40	10	fue	fué
41	10	Señores	señores
42	2	Fernandez	Fernández
48	6	Yo si	Yo sí
52	11	mas insigne	más insigne
57	9	No olvidéis	No olvideis
71	7	Señores	señores
77	25	aun cuando	auncuando
84	6	Juan Perez	Juan Pérez
103	5	farrago	fárrago
106	3	Fenix	Fénix
107	19	mas llano	más llano
107	21	sana razon	sana razón
108	7	Leucades	Léucades
110	25	mas vulgar	más vulgar
112	4	nunguno	ninguno
116	11	fuesemos	fuésemos
117	10	santas vive	santas, vive
118	2	dificil	difícil
124	18	habéis	habeis
124	22	cadaver	cadáver